JUAN DE SALERNO

Vida de san Odón

Vita S. Odonis

SABBATISMUS

Juan de Salerno (fl. c. 940)
Vita S. Odonis · Vida de san Odón

Texto latino: dominio público.
Traducción, alineación y edición © 2026 Inversiones San Juan Diego (Sabbatismus). Licencia Creative Commons Atribución-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-SA 4.0).

Sabbatismus es la editorial de la fundación Inversiones San Juan Diego, San Pedro Sula, Honduras.
Compuesto en EB Garamond y Cinzel.
sabbatismus.com

PRÓLOGO DEL AUTOR

1

A sus señores y hermanos en Cristo de Salerno, el hermano Juan, siervo de Cristo Jesús.

El libro que el doctísimo Paladio compuso en tiempos del emperador Teodosio sobre la vida y las virtudes de los bienaventurados Padres eremitas, una vez que vosotros me obligasteis a copiarlo, no lo llevé a mal: antes bien, apoyando el cuerpo y doblando los miembros, me di pronto a la escritura, pensando que nada podía hacer más provechoso para vosotros. Pero mientras ansiaba llegar a toda prisa al final de la obra comenzada, empecé a padecer un violento dolor de estómago. Entretanto sucedió que un día vino a verme el venerable varón don Adelrado, hermano nuestro, y con él Juan, tesorero del sacro palacio de Salerno; y ellos, procurando que yo sobrellevara mi enfermedad, comenzaron a traerme a la memoria el piadoso, venerable y excelso recuerdo de nuestro santísimo padre don Odón, sabiendo que nada me era tan grato y dulce como contar algo de él a otros o sacar de él algún provecho para mí. Y yo, sin olvidar lo que está escrito: Los pueblos cuentan la sabiduría de los santos, y la Iglesia proclama su alabanza (Eclo 44,15), tomé con ellos la palabra sobre él, como me lo pedían, y comencé a referir sus orígenes. Oído esto, me impusieron que, si de verdad lo amaba (como entonces confesaba), pusiera por escrito sin demora lo que había dicho, para dejar a los venideros los bienes de una buena herencia. Así pues, revolviendo en mi

corazón los mandatos de estos hombres que tanto me amaban, primero guardé silencio un poco (como es costumbre de los monjes), temiendo que, con boca temeraria, más bien deshonrara al contarla la vida de tan gran varón que la describiera dignamente; pues ni mi lenguaje adornaba sus palabras con el arte de la gramática, ni me parecía digno de narrar la vida de este santísimo varón, aunque tuviera facilidad para hablar.

2

Emprendida, pues, la obra, comencé con lágrimas salidas de las entrañas a invocar al Creador e Hijo de la Virgen, y al Espíritu Santo, igual a él, dador de lenguas y repartidor de palabras, que abre la boca de los mudos y hace elocuentes las lenguas de los niños: para que quien quiso hace tiempo que yo me enfriara para el siglo y me encendiera en el amor de tan gran padre, me concediera con su soplo la elocuencia, a mí, privado de toda ayuda de las letras. Por eso, amadísimos, ya que, movido por vuestra exhortación, he emprendido con audacia tan gran obra, dignaos ayudarme con vuestras oraciones para que la lleve hasta el fin. Mas si alguno por ventura leyere estas cosas, o las oyere leer a otro, le ruego que no se horrorice ni se burle, ni se atreva a decir con boca temeraria que son invenciones, como si el mundo hubiera sido abandonado por Dios y la Iglesia ya no pudiera dar a luz un varón semejante, ella, a quien Cristo prometió hace tiempo diciendo: He aquí que yo estoy con vosotros hasta la consumación del mundo (Mt 28,20). Pongo,

sin embargo, a Jesús por testigo de que, además de esto que narro, mi maestro Arnulfo solía referirme bajo juramento muchas cosas de él, en las que aseguraba haber estado presente; y lo mismo Hucberto, obispo de la Iglesia tiberina, y uno de nuestros hermanos llamado Landrico: de ellas no he cuidado de escribir, y no por otra razón sino porque, como no seguían con ardor su camino, no quise tomar su testimonio; y aun así, si quisiera ponerlas por escrito, creo que bastarían para alabanza de cualquier padre antiguo y varón apostólico. Me ha parecido bien escribir más bien lo que tomé de su propia boca, como si hablara de otro, y encomendé a mi memoria. Y además lo que me refirió a mí y a otros muchos don Hildebrando, varón ciertamente veraz, prepósito del monasterio de Cluny y mi maestro en las disciplinas de la Regla. Entretanto os ruego, carísimos, que no me pidáis los nombres de sus antepasados ni de los demás galos entre quienes se crio, a quienes ni vi ni tuve nunca ocasión de ver; y como entonces estaba sujeto a las disciplinas de la Regla, ni siquiera me era lícito preguntar, sobre todo porque a mí me dio a luz la tierra de Italia y me crio dentro de los muros de la Iglesia.

LIBRO PRIMERO

3

Odón, pues, varón beatísimo, era oriundo del linaje de los francos, pero se crio en la casa de Guillermo, poderosísimo duque de Aquitania. A los diecinueve años de edad recibió la tonsura en

San Martín de Tours, y allí fue educado en los estudios liberales del arte de la gramática. Después, en París, fue instruido en la dialéctica y la música por Remigio, varón doctísimo; y a los treinta años de su nacimiento se dirigió a Borgoña, y allí llevó durante quince años la vida monástica bajo el abad Bernón. Más tarde, ordenado abad, llegó a ser guía y dulcísimo padre de los monasterios que había en las tierras de Francia, de Aquitania y de Occidente, y en la ciudad de Roma.

4

Así pues, en el año novecientos treinta y nueve de la encarnación del Señor, sexagésimo de su edad y trigésimo de su vida monástica, viniendo a Roma me encontró a mí, miserable, enredado en los lazos de la tierra, y compadecido me pescó con su red y me llevó hasta el monasterio de San Pedro situado en Pavía. Retenido allí por el rey Hugo un breve tiempo, me entregó al mencionado varón don Hildebrando para que me educara en las disciplinas de la Regla. No mucho después, viniendo a Roma, se dignó tomarme a mí, desdichado, por compañero suyo; y al que, al marcharse, había arrebatado a sus padres siendo canónigo, al volver lo trajo de nuevo hecho monje. Además, en aquellos días, mientras hacíamos camino conversando por turnos, dejando a un lado la vergüenza y como si hubiera echado lejos el sendero monástico, rompí a hablar con audacia y no temí preguntarle con empeño por su nacimiento y crianza, por su vida y su conducta, y comencé a rogarle con mayor insistencia que

se dignara contármelas. Él, como tenía siempre por costumbre, calló un poco; luego, enjugado el rubor del rostro y sacando suspiros de lo íntimo del corazón, comenzó a contarme sus orígenes: pero sus palabras estaban llenas de lágrimas y gemidos.

5

«Mi padre —dijo— se llamaba Abón, pero parecía de otras costumbres y de otras obras que las que ahora muestran los hombres del tiempo presente. Sabía de memoria las historias de los antiguos y las Novelas de Justiniano. En su mesa resonaba siempre la palabra del Evangelio. Y si alguna vez surgía de cualquier modo un pleito entre partes, tan grande era la rectitud que había alcanzado en sus juicios, que todos acudían a él de todas partes en busca de su arbitraje; por eso era querido de todos, y sobre todo de Guillermo, poderosísimo conde, que entonces tenía por derecho propio Aquitania y Gotia. Tenía muy arraigada la costumbre de celebrar en vela las vigilias de los santos. Pero aquella noche en que se devolvió la paz a ángeles y hombres, y Cristo el Señor, visitando el mundo, salió del seno virginal como el esposo de su alto tálamo, la pasaba en silencio con lágrimas y oraciones. Mientras celebraba, pues, con esmero esta vela, le vino al pensamiento pedir al Señor, por el parto de la Virgen, que le concediera un hijo; y con tal instancia de súplicas mereció que un seno materno ya muerto volviera a la vida. Pues mi padre contó muchas

veces a algunos que así había sido el orden de mi nacimiento.

6

»En aquel tiempo de mi infancia sucedió que él entró en el recinto de la alcoba y me encontró allí en la cuna sin nadie que me guardara: mirando a uno y otro lado, como no viera a nadie, me levantó en sus manos y, alzando el corazón al cielo, dijo: "Recibe, Martín, joya de los sacerdotes, a este niño"; y, dejándome en la misma camita de la que me había levantado, se marchó; pero lo que había hecho no quiso revelarlo a nadie.

7

»Después de esto, una vez destetado, me entregó a un presbítero suyo, que vivía en un lugar más apartado, para que me criara y me instruyera en el estudio de las letras. Aquel presbítero confesó más tarde que por aquellos días había tenido una visión como esta. "Miraba yo, y he aquí que unos príncipes de las Iglesias comenzaron a pedirme el niño, y con apremio. Y cuando les pregunté qué querían hacer con él, si llevarlo de vuelta a la casa de su padre, dijeron que no habían venido para eso, sino para llevárselo a las tierras de Oriente. Pero el presbítero, como no quería entregarlo, ni podía resistirles, ni sabía qué más hacer, postrado en tierra se volvió a la súplica, rogándoles que descargaran sobre él su castigo antes de llevarse al niño. Unas veces decía que sufriría la venganza del padre, otras que los padres

lo llamarían traidor del niño. A esto se decía que uno de ellos había respondido: Para que el padre del niño no se vengue en el presbítero, dejémoslo por un tiempo." Al comprender esta revelación, el presbítero me devolvió a mis padres. Todo esto que me preguntas, hijo, así lo oí yo de mi padre.

8

»Sucedió, pues, que cuando crecí, a mí, a quien ahora ves viejo y feo, me alababan como joven vigoroso y de buena presencia: y mi padre comenzó poco a poco a apartarme del estado eclesiástico y a aplicarme a los ejercicios militares; por lo cual me puso en la casa de Guillermo para servir al conde. Dejando al fin el estudio de las letras, comencé a entregarme a los oficios de cazadores y halconeros. Pero Dios todopoderoso, que da la salvación aun a los que no la quieren y llama a las cosas que no son como si fueran (Rom 4,17), comenzó a aterrarme en sueños y a mostrarme que mi vida se inclinaba al mal; y además convertía toda mi caza en fatiga. Pues cuanto más me entregaba a tales diversiones, tanto más volvía apesadumbrado, sin fruto alguno y deshecho de cansancio.

9

»Por aquellos días mi padre me persuadió de que celebrara las solemnes velas de las vigilias, como él solía celebrarlas. Pasados algunos años, me preparé para celebrar la vigilia de la Natividad del Señor; y cuando había pasado en vela parte

de la noche, de pronto me vino al ánimo suplicar por mi vida a la Madre del Señor Jesús. Entonces, orando, comencé a decir: "Oh Señora, madre de misericordia, tú en esta noche diste al mundo el Salvador; dígnate ser mi intercesora. A tu glorioso y singular parto me acojo, piadosísima: inclina tú a mis ruegos los oídos de tu bondad. Temo en gran manera que mi vida desagrade a tu Hijo; y puesto que, Señora, por ti se manifestó al mundo, por ti le suplico que se compadezca de mí sin tardanza." Entre estas plegarias, los laudes matutinos y la solemnidad de las misas, había amanecido el día siguiente: y he aquí que, como solía, se presentó el coro de canónigos vestidos de blanco; y mientras en las alabanzas de tan gran solemnidad se elevaba el canto de voces diversas, salté en medio de ellos como un joven impaciente y comencé a alabar con ellos al Rey del mundo recién nacido. Sé y confieso que obré indebidamente; pero, guardando en el corazón aquello de David que está escrito, no sin razón me atreví a hacerlo: Alabad al Señor, todas las naciones; alabadlo a una, todos los pueblos (Sal 117,1). Al punto me acometió un dolor de cabeza desmedido, que me quebrantó un poco y se retiró. Leído el Evangelio, volvió a acometerme el mismo dolor de cabeza, y si no me hubiera agarrado con los brazos extendidos a las barandillas de la iglesia, al instante habría caído de toda mi altura como muerto. Tanto me atormentaba aquel dolor, que cuando venía no quedaba en mí ni por un instante esperanza alguna de vida. Esto me sucedió al comenzar el decimosexto año

de mi edad, y durante los tres años siguientes fui surcado por esta reja. Por esta causa fui llevado de nuevo a la casa de mis padres, y durante dos años me aplicaron toda clase de curas; pero cuanto más abundantes y variadas medicinas tomaba, tanto más se alejaban de mí los remedios de la salud. En aquellos días mi padre, con grave pesar y hondos suspiros, contaba que mi nacimiento había sido como he dicho, y añadía además: "He aquí, bienaventurado Martín, que lo que te ofrecí de buen grado lo reclamas con todo rigor. En verdad, como conviene, eres pronto en escuchar un voto, pero caro en el trato." Desesperado al fin de remedio para mi salud, pensé que solo me quedaba un consuelo, si me acogía a él con ansia: esto es, que a aquel a quien había sido entregado sin saberlo, me consagrara de nuevo, depuesta la cabellera, sabiendo ya que así se había hecho. Ahí tienes, hijo, el origen de mi nacimiento y el principio de mi conversión: advierte que nada bueno hice por mi propia voluntad. Juzga tú, con todo, de mis pobres costumbres como te parezca justo, con tal de que, bendiciéndola sin cesar, pregones y glorifiques la misericordia que ha puesto sobre mí sus ojos.»

10

Desde entonces se le vio tener tal devoción al bienaventurado Martín, que lo amaba más que a los demás santos y cada día se encomendaba a su protección, llevándolo en el corazón dondequiera que estuviese, predicándolo con la boca, siguiéndolo con las obras. Pues he aquí que no hace más

de seis años, mientras las diversas órdenes de la iglesia celebraban las vigilias ante su cuerpo, sucedió que él mismo se hallaba allí. Y como las antífonas de aquel oficio, según es notorio a todos, son breves, y las noches de aquella estación más largas, queriendo prolongar el oficio hasta el alba, cantaban cada antífona repitiéndola en cada versículo de los salmos. Y esto se les hacía un trabajo penoso. Al fin vinieron a él y, como a una sola voz, le suplicaron diciendo: «Mucho tiempo hace que esperábamos tu llegada, padre, para que nos aliviaras de tan gran trabajo. Ahora, pues, que estás aquí, te rogamos que compongas para nosotros otras antífonas sobre la vida del bienaventurado Martín, tu señor, cuya extensión nos quite como es debido el hastío de estas tan breves.» Él comenzó a decir no solo que no podía componerlas, sino que, aunque otro las hubiera compuesto, su edad le negaría todo tiempo para aprenderlas; y entretanto se puso a alabar la brevedad de aquellas y a mostrar fastidio por la extensión de las que le pedían. Pero ellos replicaban que, si no lo hacía, ofendería a Martín; y añadían que semejante excusa era señal de una soberbia encubierta. Vencido por estas palabras mezcladas con ruegos, nuestro padre Odón se aplicó pronto con empeño a la tarea de tan gran trabajo. Compuso tres himnos en su alabanza, de los cuales he juzgado oportuno insertar en esta obra una muestra de uno solo. «Oh Cristo Rey, gloria de Martín: aquí está tu alabanza, y tú eres la suya; concédenos honrarte a ti en él, más aún, a él en ti.» Compuso asimismo doce antífonas, con

tres variantes cada una, cuyas palabras y consonancia de voces concuerdan tan bien entre sí, que parece que nada podría hallarse ni más cumplido en el sentido ni más dulce en las modulaciones de la armonía. Se conservan hasta hoy en Benevento. Nunca por la mañana, nunca por la tarde faltaba su memoria de su pecho y de sus labios, pues guardaba en el corazón a quien proclamaba con la boca: «Oh Martín, oh piadoso, qué piadoso es gozarse en ti, oh Martín», y lo demás. Pero como el lugar se ha prestado oportunamente a esta narración, cuando, con la ayuda del Señor, comience a exponer más por extenso su vida, contaré entonces lo que el bienaventurado Martín quiso obrar por medio de él. Volvamos entretanto a lo que dejamos al hacer esta digresión.

11

Así pues, el beatísimo Odón, a los diecinueve años de su edad, se acogió al bienaventurado Martín y recibió el oficio de clérigo. Qué multitud de magnates acudió allí y con cuánto aparato, prefiero callarlo antes que referirlo, para no parecer que hago injuria a la pobreza que siguió, con la que después vivió contento. Entre ellos estaba el conde Fulco, que lo había criado: este le dio enseguida una celda junto a la iglesia del bienaventurado Martín, y le obtuvo de aquella misma canónica el sustento diario y se lo concedió. Pero el beatísimo varón, amante de la pobreza, despreciando la gloria del mundo, solo procuraba agradar a Dios. Así, día tras día se afanaba en la lectura y de noche se entregaba a la oración,

sabiendo que está escrito: El que ignora será ignorado (1 Cor 14,38).

12

Por aquellos días, además, nuestro peritísimo piloto, que con su guía nos enseñó a atravesar los remolinos de este mundo, cruzó a nado el inmenso piélago de Prisciano. Pues cuando quiso leer los poemas de Virgilio, se le mostró en visión un vaso, por fuera hermosísimo, pero por dentro lleno de serpientes, de las que de pronto se vio rodeado, aunque no mordido; y al despertar entendió que las serpientes eran la doctrina de los poetas; el vaso en que se escondían, el libro de Virgilio; y el camino por el que andaba tan sediento, Cristo.

13

Describiré ahora brevemente cuán gran virtud de paciencia comenzó después a brotar en él. Dejando, pues, los cantos de los poetas, e instruido por el espíritu de alto consejo, se volvió por entero a los expositores de los Evangelios y de los profetas. Entretanto casi todos los canónigos comenzaron a enfurecerse contra él con rabiosos ladridos. «¿Qué pretendes hacer? —decían—. ¿Por qué quieres meterte en obra ajena? El fruto de esta obra lo perdiste con la flor de la juventud. Ten piedad de ti mismo: deja estos escritos enredados sin remedio y vete a los salmos.» Pero el mismo Espíritu que antes le había enseñado a callar aun de cosas buenas, le enseñaba ahora a

enmudecer ante las malas. Él, con la cabeza inclinada, los oídos cerrados y los ojos clavados en el suelo, revolvía en su corazón aquello de David: Dije: Guardaré mis caminos para no pecar con mi lengua. He puesto guarda a mi boca (Sal 39,2). Y no olvidaba la promesa del Señor: Con vuestra paciencia poseeréis vuestras almas (Lc 21,19). Lo que resta acerca de su paciencia lo describiré, con la ayuda del Señor, en lo que sigue.

14

Pasaré ahora más deprisa a su desprecio de los bienes. Alaben, pues, los que quieran a los que expulsan demonios, a los que devuelven la vida a los muertos y a los demás varones famosos por sus milagros. Yo, el más pequeño de todos, alabaré primero la virtud de la paciencia de mi Odón, después su desprecio de los bienes; luego su ganancia de almas, la restauración de los monasterios, el vestido y el alimento de los monjes, la paz de las Iglesias, la concordia de reyes y príncipes, la seguridad de todos los caminos, su celo por los mandamientos, su perseverancia en vigilias y oraciones, su atención a los pobres, su corrección de los jóvenes, su honra de los ancianos, su enmienda de las costumbres, su amor a las vírgenes, su consuelo de los continentes, su misericordia con los desdichados, su intachable observancia de la Regla y, por último, el dechado de todas las virtudes. El buen Jesús plantaba entonces en un pequeño huerto, con árboles de diversos bosques, un paraíso de monjes con que regar los corazones de los fieles. Contento, pues, con una celda

pequeñísima y apartado de los ojos de todos, se apresuraba a agradar solo a Dios. Repartido entre los pobres todo lo que había traído consigo para su uso temporal, no se preocupaba del mañana, según el precepto del Evangelio. De noche se sustraía a la vista de los hombres e iba solo a orar al sepulcro del bienaventurado Martín, que distaba de aquella celda casi dos millas: no apoyado en el costado de un compañero, ni sostenido por el amparo de un bastón, sino llevando en la mano solo dos tablillas, muy a propósito para el oficio de escribir, unidas por obra de artesano de tal modo que podían abrirse pero no separarse, como las que suelen llevar los estudiantes sobre el muslo derecho. Pero el enemigo de los buenos comenzó a infundirle terrores como estos. De ambos lados del camino salían por todas partes zorras, que primero lo seguían por la espalda acechándolo, y luego se le echaban a la cara. Y como vieron que aquel hombre tan ardiente no podía ser apartado del camino recto que se había propuesto, dando aullidos y lanzándose sobre él con las fauces abiertas, amenazaban con estrangularlo. Pero él ni huyó ni desistió: encogiendo las piernas y poniendo rígido el cuello, se defendía solo con los hombros y los brazos. Entregando al fin todo el cuerpo a sus dientes, solo guardaba la garganta del mordisco mortal: y he aquí que de repente acudió a toda carrera un lobo, lo libró de sus acometidas y desde entonces se hizo su compañero y doméstico. Pero para que a nadie le parezca indecoroso o difícil de creer, lea la vida del bienaventurado Pablo escrita por el bienaven-

turado Jerónimo; y allí hallará que el sepulcro de aquel varón lo prepararon unos leones. Y si ni aun así le basta este solo ejemplo, pase a la vida del bienaventurado Amón, y hallará que su celda era guardada de los ladrones por dos dragones. Volvamos luego al mismo Jerónimo, y pase a nuestro Florencio de Nursia, cuya vida expuso el bienaventurado papa Gregorio en su Diálogo: allí hallarás que Jerónimo mereció tener un león por guardián de sus asnos, y Florencio un oso feroz para custodiar el ganado. Desde entonces hacía su camino más seguro, y guardando siempre en el corazón, buen Jesús, tus testimonios y haciéndolos resonar para ti, cantaba con la boca diciendo: Verdaderamente eres fiel, Señor, en tus palabras, y santo en todas tus obras. Levantas a todos los que caen y enderezas a todos los abatidos (Sal 145,13-14). Pues, trocado el orden, el lobo defendía de ser comido a quien a veces suele comer, y espantaba a las zorras que suelen espantarlo a él. Qué tentaciones emprendió, pues, el diablo contra él, como de modo invisible, ruego que nadie me lo pregunte. Con todo, para dar fe de lo que pudo sobrellevar con paciencia cuando era combatido invisiblemente por la sugestión, creo que la batalla visible que he descrito puede bastar para que lo crean todos los que lo lean. Cuando de noche salía a orar de la celda en que vivía, no cerraba tras de sí su puertecilla: pues no temía perder nada, ya que se contentaba con una estera sobre el suelo desnudo y con la ropa que llevaba puesta.

15

Sucedió entretanto que, mientras leía volúmenes de diversos libros, llegó a la Regla del bienaventurado Benito; y queriendo pasarla de corrida, tropezó con el lugar en que se manda a los monjes que duerman vestidos; y, sin entender bien su sentido, durante tres años se acostó vestido y, sin ser aún monje, llevaba el yugo suave de los monjes. Procuraba obedecer los preceptos de este santo, y deseaba imitar la vida del otro. Porque el Señor Jesús echaba entonces simples semillas en tierra ruda, de la cual preveía recoger cosecha centuplicada.

16

Pero lo admirable es esto: que la blancura de su cuerpo no se alteró por la suciedad en que yacía sobre el suelo, y el vigor de su ánimo no se debilitó por la larga continuación del ayuno. En efecto, en estos dos años pasados, cuando juntos visitábamos para orar los lugares de los santos que hay dentro y fuera de la ciudad de Roma, nuestra juventud no podía, no ya adelantar, pero ni siquiera seguir su venerable ancianidad de sesenta años; y cuando, fatigados, le rogábamos que tuviera piedad de sí y de nosotros, decía: «Bien veis que he perdido todas mis fuerzas. La larga vejez me ha dejado con un pie en la sepultura. Hace ya treinta años que soy tal como ahora me veis.» Así nos declaraba él, gimiendo, su flaqueza; pero nosotros admirábamos con gran asombro su fortaleza, y no sin razón: pues quien no se había dejado

vencer por la corrupción, no debía ser derribado por el desgaste. En fin, tenía en poco cualquier virtud que viera en sí mismo; y estimaba en mucho la que pudiera ver en otro. En aquel tiempo de sus comienzos se sustentaba con media libra de pan y un puñado de habas, y (cosa contraria a la naturaleza de los francos) con muy poca bebida. Así, depuesta toda carga corruptible, el soldado de Cristo, con el pecho desnudo, ceñido, llevaba armas desembarazadas. Todos veían a aquel bisoño novato ir delante de las filas de los veteranos, y, confiado en Cristo, se esforzaba por traer del enemigo un botín glorioso. Todo esto sucedía en la iglesia del bienaventurado Martín de Tours. Aquel lugar es fecundo en toda virtud, admirable por sus prodigios, rico en bienes y resplandeciente en toda piedad. Y es justo que sea admirable el lugar que mereció tener tan gran morador. Porque no es solo un mártir o un confesor opulento, sino luz del mundo y joya de los sacerdotes: allí acuden presurosos los reyes, y los príncipes de diversas naciones lo frecuentan a menudo con dones y votos.

17

Sucedió entretanto que muchísimos de ellos entraban a visitarlo: los que lo conocían, para volver a ver a un conocido; los que no, para hacérselo conocido. Y él, como fuente desbordante, ofrecía a todos las bebidas que tanto deseaban, y como de una biblioteca abierta, suministraba a todos los ejemplos convenientes: a este le prescribía la castidad, a aquel le imponía la sobriedad; a uno le

enseña a despreciar el mundo, a otro le advierte que no codicie los bienes ajenos. A cada uno daba en abundancia lo que le era necesario; lloraba sobre este mundo miserabilísimo y aseguraba que pronto se derrumbaría junto con sus amadores. Exhortaba, pues, a todos a vivir con parquedad y a no abrazar lo que mal se codicia, y a refrenar del todo la glotonería del vientre, diciendo: «Quien atiborra el vientre alimenta la lujuria.» A los lujuriosos les ponía delante la caída del dragón, diciendo: «¡Ay de esos miserables!, porque el dragón arrastra tras de sí la tercera parte de las estrellas (Ap 12,4).» A los borrachos y glotones les decía: «Nabuzardán, jefe de los cocineros, destruyó los muros de Jerusalén.» A los afeminados y a los que yacen con varones les ponía delante la matanza de Herodes y el destierro del escriba. «Cuanto mejor es el alma que el cuerpo —decía —, tanto peor que Herodes es quien hace tales cosas. Aquel mató cuerpos y envió almas al cielo; este separa de Dios los cuerpos y degüella las almas con muerte eterna. El escriba que alistaba a los reclutas fue llevado cautivo a Egipto; pero este, después de la muerte, ha de ser llevado al infierno.» Así, el maestro lloraba su caída y decía: «Mira, Señor, cómo ha quedado desolada la ciudad llena de riquezas (Lam 1,1)»; y decía también: «¡Ay de ti, Behemot, que nunca cesas, oh maldad! Te tiendes el oro como barro, y los rayos del sol están debajo de ti (Job 41,22).» Al oír esto, uno se aterraba, consciente de su culpa; otro, inocente, se alegraba con su palabra de consuelo: y como de una sola despensa, cada cual tomaba un alimento

distinto. Pongo a Jesús por testigo de que nunca oí de boca de hombre tanta dulzura de palabra. Se cumplía en él lo que dice el Señor en el Evangelio: El reino de los cielos es semejante a un padre de familia que saca de su tesoro cosas nuevas y viejas (Mt 13,52). Así todos, sazonados con la sal divina y saciados con el manjar celestial, volvían a sus casas dando gracias.

18

Le ofrecían muchos dones y regalos, pero de ellos no quería aceptar nada; pues quien había repartido con suma largueza lo suyo, no sabía cómo podría recibir lo ajeno. Una vez, vencido por su mencionado señor, quieras que no, aceptó cien sueldos que este le envió. Pero el soldado de Cristo no consintió que se quedaran con él ni un momento, y, como antes, enseguida los repartió entre los necesitados. Entretanto, el discípulo comenzó a ir delante de las filas de sus maestros y a hacerse ejemplo de los que venían detrás.

19

Por aquellos días se fue a París, y allí leyó entera la dialéctica de san Agustín dirigida a su hijo Adeodato, y estudió con frecuencia a Marciano sobre las artes liberales: en todo esto tuvo por maestro a Remigio; concluido lo cual, regresó a Tours.

20

Por aquel tiempo le pidieron unos hermanos que lo amaban que les abreviara en un solo volumen los Morales del bienaventurado papa Gregorio. Pero él declaró que de ningún modo podía hacerlo, añadiendo que, aunque tuviera capacidad para ello, no debía hacerlo, para no dar la impresión de alterar o quitar algo al trabajo de tan gran varón y al valor de tan gran obra. Ellos replicaban, por el contrario, que antes sucumbirían que soportar tan gran trabajo, y juzgaban mejor dejarlo del todo y pasar a las demás Escrituras que perecer bajo él como bajo una pesada mole. Y cada día había entre ellos no pequeña disputa sobre este asunto. Sé, sin embargo, que muchos se indignarán por esto, y para aplacarlos he querido insertar este relato. Porque esto no se hacía por arrogancia, sino por disposición del Señor, para que se pusiera sobre el monte la lámpara que estaba escondida bajo el celemín. Lo que hemos dicho aparecerá con más claridad en el ejemplo del hecho que sigue. Mientras ellos persistían en esta petición, sucedió que una noche don Odón estaba entregado a su oración acostumbrada en la iglesia de don Martín: y he aquí que de pronto lo sorprendió el sueño, y en aquella visión vio un coro de santos que bajaba de lo alto a la misma iglesia. Primero bendijeron al Señor; luego se sentaron por orden en los escaños, y al poco uno de ellos, saltando al medio, dijo: «¿Por qué nos detenemos en este lugar?» Los demás dijeron que esperaban al papa Gregorio. Al oír esto, nuestro padre Odón, como ávido explorador, comenzó a mirar a uno y otro lado, por ver de qué parte

podría verlo llegar. Luego, alzando los ojos, ve al bienaventurado Gregorio como enviado del cielo, pero resplandeciente y adornado más que todos los que le habían precedido, en el rostro, en la hermosura y en el porte. En cuanto llegó, todos se levantan y, inclinando la cerviz, le piden la bendición. Él no bajó hasta donde estaban ellos, sino que se detuvo sobre el ambón de la iglesia, y llamó al bienaventurado Odón, que yacía postrado en tierra, diciendo: «Levántate, hermano Odón, no temas.» Cuando se levantó, vio, como suelen llevarla los escribientes, una pluma prendida sobre la oreja de Gregorio, afilada en larga punta como por mano de maestro, y fija en lo alto. El bienaventurado la tomó y, entregándosela, dijo: «Anda, pues, seguro, y acaba la obra que se te ha encomendado. El libro que compongas no será borrado, y el mío permanecerá para siempre.» Y despertando al instante, comprendió en seguida lo que había visto. Tomando entonces aquel gran volumen, lo leyó entero con atención, y la parte más sana, según su juicio, la compuso en un solo volumen, y así acalló la murmuración.

21

Sucedió después que el mencionado conde Fulco, no sé de qué manera, se llevó del tesoro del bienaventurado Martín dos vasitos de oro; pero, sujeto por el freno de la avaricia, como no quería devolverlos, fue herido con un grave castigo. Llevado hasta el borde de la muerte, se hizo transportar al sepulcro del bienaventurado Martín; y allí prometía muchísimos dones, pero ni aun así

recibía el don de la salud. Además, extenuado durante muchísimo tiempo, llegó a tal debilidad que esperaba el desenlace de la muerte. Cuando don Odón entró a visitarlo, le dijo: «Devuelve, desdichado, los vasitos del bienaventurado Martín que para tu desgracia te llevaste, y al punto quedarás sano.» Él prometió devolverlos y dar además otros, si los hechos confirmaban lo dicho. Al punto, levantado por las manos de nuestro padre y de sus servidores, fue llevado ante el cuerpo del bienaventurado Martín y se postró en tierra; y el socorro prometido no pudo sufrir demora: sino que el que había venido en brazos, como llevado en andas, recobrados los miembros, comenzó a volver por su propio pie. Y así sucedió que, corregido, no volvió a cometer tales cosas, y cumplió fielmente lo que había prometido. Entretanto, el padre Odón comenzó a exhortarlo a que, dejando el mundo, solo se preocupara de cómo agradar únicamente a Dios. Pero él respondió: «Eso no me lo puedes persuadir ahora. Tengo, sin embargo, un caballero muy querido, llamado Adegrino, esforzado en las armas y prudente en el consejo, que, si te escucha, pronto obedecerá a tu voluntad»; y así sucedió más tarde. A los pocos días, recobradas todas sus fuerzas, volvió a su casa. Como acudían a él de todas partes para felicitarlo por su curación, tomó la palabra y comenzó a contar a los presentes qué y cuánto había padecido, añadiendo además cuán pronta virtud había hallado en las palabras de don Odón.

22

Uno de los presentes, y que escuchaba con el corazón, era el mencionado Adegrino; y al punto, compungido, dispuso de todo lo que poseía y volvió en seguida a Odón. Así, depuesta la cabellera y la milicia del siglo, desde entonces se hizo atleta de Cristo. Nuestro padre, por su parte, tomó todo lo que había traído para su uso temporal y lo repartió en el regazo de los pobres, como antes había hecho con sus bienes. Los dos caballeros de palacio vivieron juntos, contentos con una chocita pequeñísima. Viendo, en fin, que el mundo está puesto en el maligno y que sus amadores siguen un camino ruinoso y lleno de halagos, se apresuraban cada día a subir a las cumbres de la vida monástica. Entretanto, no hubo lugar en los confines de Francia donde oyeran que había un monasterio al que no fueran ellos mismos o no enviaran a sus exploradores; y, no hallando entre ellos casa de religión en que pudieran descansar, volvían a la mencionada choza con gran dolor. Por esta causa decidió Adegrino ir a Roma. Puesto al fin en camino, llegó a los confines de Borgoña y arribó a una aldea llamada Baume. Había en ella un monasterio construido hacía poco por el abad Bernón: se hospedó allí, y este lo recibió con suma cortesía en la casa de huéspedes según la Regla del bienaventurado Benito; y quiso quedarse allí algún tiempo como huésped, no porque necesitara nada de ellos, sino para conocer las costumbres de los que allí vivían y los usos del lugar. Los fundadores de aquel lugar eran imitadores de un tal padre Euticio: el mérito de su vida y cómo fue su conducta no he querido insertarlo

en esta obra; pero qué muerte mereció he procurado encomendarlo a vuestra memoria.

23

Vivió este varón en tiempos del gran emperador Luis, querido del rey porque era amable para todos. Pues, siendo laico e instruido en estudios extranjeros, dejó aquello de que suele envanecerse la fragilidad humana y se entregó por entero a las reglas e instituciones de los bienaventurados Padres; de estas autoridades tomó diversas costumbres y las reunió en un solo volumen. No mucho después se hizo monje, y el rey le tuvo tanto amor que le construyó un monasterio dentro del palacio. Recorrido el estadio de la vida presente, rodeado por todas partes de los hermanos, de pronto entregó el espíritu. Y sucedió que, mientras los discípulos preparaban las exequias del piadoso padre, he aquí que el que había muerto volvió vivo. A ellos, atónitos y maravillados, les dijo el padre Euticio: «Gracias a Dios; sabed que en estos cuarenta años no recuerdo haber tomado alimento un solo día sin haber llorado antes. Pero hoy el Señor, quitándome la tristeza, me ha consolado, y me ha concedido un lugar de descanso entre los coros de los ángeles.» Dicho esto, descansó para siempre. Este padre Euticio fue, en efecto, el autor de estas costumbres que hasta hoy se guardan en nuestros monasterios; y el venerable Adegrino, al verlas, cuidó de comunicarlas cuanto antes a nuestro padre Odón. Y él, llevando consigo cien volúmenes de libros, se trasladó en seguida al mismo monasterio: el que

antes había sido el que seguía, fue después el abanderado; y don Adegrino se encerró en una celda, y con permiso del abad Bernón permaneció en ella tres años. Al padre Odón, por ser hombre de letras, le impusieron el laborioso magisterio de la escuela. Tenía entonces treinta años de edad.

24

Confieso, digo, que había pensado recorrer la vida de nuestro santísimo padre con sencillez y de corrida; pero mi pobre ingenio, como un rebelde violento, quiere contar junto con su vida la de los varones que sabe que tuvo aquí por compañeros. Por eso os ruego que, así como a mí no me pesa afanarme en tan gran trabajo, tampoco a vosotros os parezca gravoso o pesado recibirlo. Porque parece justo y agradable ante Dios que, para adorno del discurso, se describan junto con su vida los ejemplos de aquellos a quienes él trasladó desde esta peregrinación a la patria, en su puerto dichoso.

25

El venerable Adegrino, pues, de quien hicimos mención más arriba, obtenida después licencia, se fue al yermo, y allí se encerró en una pequeña cueva. Sucedió que un día, oprimido por una angustia excesiva, como no había nadie que le diera palabras de consuelo o el ejemplo de algún padre —como dice la Sabiduría: ¡Ay del que está solo!, porque si cae no tiene quien le tienda la mano (Ecl 4,10)—, como el agua que corre cuesta abajo, des-

cendió casi hasta la desesperación: y he aquí que de pronto se le presentó un varón resplandeciente, que le preguntó con dulzura qué tenía, o por qué causa le había sucedido hundirse como hasta el precipicio. Él respondió diciendo: «Desde que comencé a servir al Señor sin descanso, no he merecido recibir de él consuelo alguno de ningún modo; por eso me angustio sobremanera, porque no sé si mi servicio le agrada, ni si por tan gran trabajo mereceré recibir algún día recompensa.» Al punto aquel se le echó al cuello y, besándolo, dijo: «Cree que nunca serás indigno de los bienes del Señor.» Y habiéndolo consolado con estas palabras, se marchó.

26

En otra ocasión se dio el caso de que el tentador lo sorprendió fuera de la celda en que vivía, y al punto se arrojó sobre él, lo llevó al borde de un precipicio de una roca enorme y quiso con todo su empeño despeñarlo desde allí. Pero ¿qué podía hacer el soldado de Cristo, que allí no podía tenerse en pie? No sabía en absoluto cómo resistir. Pero cuando estaba en el último trance de la muerte, de pronto se le presentó el bienaventurado Martín y, tomándole la mano, le dijo: «¿Qué es esto, y cómo has llegado aquí?» Él dijo: «No lo sé, señor.» Luego, confortándolo, lo devolvió a su lugar.

27

Hace unos cinco años, cuando el padre Odón iba a Roma para reconstruir, a instancias del señor papa y de todas las órdenes de la santa sede, el monasterio junto a la iglesia del beatísimo apóstol Pablo, tal como había sido antaño, quiso primero visitar al varón de quien hemos hablado y consultarle sobre el asunto, para que se cumpliera lo que está escrito: Hazlo todo con consejo, y después de hecho no te arrepentirás (Eclo 32,19). Y sucedió que, mientras deliberaban juntos sobre este asunto y conversaban largamente de muchas cosas espirituales, el padre Odón comenzó a rogarle que le comunicara con familiaridad todo lo que en aquel tiempo le hubiera sido revelado por Dios. Entonces don Adegrino, recordando su antigua compañía y encendido al punto en el fuego de la caridad, respondió diciendo: «Tal día, a tal hora, terminado el curso de la salmodia, de pronto se me presentó el bienaventurado Martín, cuyo rostro luminoso y la familiaridad, como acostumbrada, que mostró después de la bendición, me dieron pronto confianza para hablar: y cruzadas unas pocas palabras, comencé a preguntarle adónde iba o de dónde venía. Él respondió diciendo: "Vengo de Roma y voy a Francia: como estás junto a mi camino, me he desviado para visitarte." Luego, dándole gracias, comencé a suplicarle que, ya que se había dignado visitar a un pecador, se dignara descansar bajo su choza siquiera un poco. Pero él dijo: "Hoy se celebra la consagración de Luis, rey de los francos, y me apresuro a asistir a su unción: por eso no puedo admitir demora alguna." A esto respondí: "Si así

es que quieres marcharte, te ruego que antes te dignes bendecirme." Pero él dijo: "No, te digo, no tienes necesidad de ser bendecido por mí. Pues el que un día me bendijo a mí, te ha bendecido también a ti." Y como yo le instaba sin cesar a que me bendijera, él a su vez añadió que también yo lo bendijera a él, afirmando además que de ningún modo accedería a mi ruego si no le devolvía la bendición; por lo cual surgió entre nosotros una no pequeña porfía amistosa. Él se negaba porque no quería; yo, porque no me atrevía. De modo que, después de habernos bendecido mutuamente, se retiró al punto y, marchándose, me dejó con gran tristeza.» Para probar la verdad de este hecho estuvo presente el padre Odón como testigo fidelísimo, que mandó anotar aquel día y aquella hora, y después, averiguándolo todo con diligencia, halló que las cosas habían sucedido como él había dicho.

28

Han pasado ya, si no me equivoco, más de treinta años desde que vive en aquel yermo, y solo los domingos o en las fiestas principales suele bajar al monasterio de San Pedro llamado Cluny, que está a unas dos millas: tomando un poco de harina, con la que se hace el pan, y unos pocos granos de habas, vuelve en seguida al yermo. Nunca usaba vino, y su comida no se aliña con grasa ni con aceite. En todo tiempo padece frío y calor: el calor entre los hombros, el frío en las manos y los brazos. Pero ya que hemos seguido la vida de este varón, volvamos cuanto antes a

nuestro propósito, del que nos hemos apartado mucho. Pero recuerdo además que prometí exponer primero la paciencia del padre Odón, que es el fomento de todas las virtudes, y luego, con el avance del tiempo, narrar con cuidado sus demás virtudes. Por eso, con la ayuda del Señor y en la medida de mis fuerzas, me apresuraré a cumplir mi promesa.

29

Había en el mencionado monasterio ciertos hermanos cuya vida y costumbres hallaréis en la narración que sigue. Al oír que don Odón había llegado allí para abrazar la vida religiosa, se le acercan con disimulo y fingen preguntarle por qué había venido. Y cuando recibieron de él respuesta a lo que preguntaban, le dicen: «Todos nosotros buscamos huir de esta comunidad, para poder salvar nuestras almas: ¿y tú, al contrario, vienes aquí a perder la tuya?» Como él les preguntara por qué decían eso, añaden: «¿Conoces la costumbre del abad Bernón?» Él dijo: «De ningún modo.» Y ellos: «¡Ay, ay, si supieras qué duramente sabe tratar a un monje! A su reprensión siguen los azotes, y a los que azota los ata luego con grillos, los doma con la cárcel, los aflige con ayunos: y después de padecer todo esto, ni aun así puede el desdichado alcanzar su favor.» Al oír esto, don Odón comenzó poco a poco a vacilar en cuanto a su ingreso. Viéndolo el mencionado Adegrino, saltó al punto en medio y dijo: «Padre Odón, no temas: esas palabras no son del que habla, sino del que se las sugiere. Fíjate, y ve que

por sus bocas habla el diablo.» Al punto ellos se volvieron confundidos. Y el padre Odón, con Adegrino su compañero, sometieron el cuello al suavísimo yugo de Cristo. Por eso el bienaventurado Benito, como conocía de antemano lo por venir, mandó en las disciplinas de la Regla que nadie hable con un huésped sino aquel a quien se lo conceda el superior. Porque ¿cuántos, engañados de este modo al comienzo de la santa conversión, se volvieron atrás y pasaron del ardor del deseo interior al torpor de una voluntad perversa? Y aunque la Escritura diga: Probad los espíritus, si son de Dios (1 Jn 4,1), sin embargo la prueba de los fieles y de los que buscan al Señor no debe ser así, pues el Señor, por el profeta, manda a los que están encendidos en el calor del Espíritu Santo diciendo: Vosotros que estáis en el mediodía, salid con pan al encuentro de los que vienen del norte (Is 21,14). Pero el soldado de Cristo, así como no se dejó ganar por halagos, tampoco se dejó sacudir por terrores. De los tales habla con razón el bienaventurado Job: Maldíganla los que maldicen el día, los que están dispuestos a despertar a Leviatán (Job 3,8).

30

Quiero entretanto dejar a un lado por un momento la vida de nuestro padre Odón, para que se me permita detenerme un poco en exponer las costumbres de aquel lugar, a fin de que lo que sigue resulte más claro. Era, en efecto, costumbre de aquel lugar que el maestro de la escuela no fuera a ninguna parte solo con un solo niño, ni

siquiera a hacer sus necesidades, ni el niño se atreviera a hablarle a solas en secreto; sino que, por el buen testimonio, tomara siempre consigo como compañero, para ir o para hablar, a otro de los niños o a uno de los hermanos. Y si era de noche y por casualidad un niño necesitaba ir a la letrina, no se atrevería a sacar el pie fuera del dormitorio sin la luz de una linterna y otro hermano. A la hora de la comida nunca faltaba la lectura en ambas mesas; y las migas que salían al cortar el pan, cada uno las recogía con cuidado delante de sí y las tomaba con acción de gracias antes de que terminara la lectura. Terminada la lectura, nadie se atrevía ya a tomar ni ellas ni ningún otro alimento. Tenían estas migas por más sagradas que los demás alimentos. Pues contaban que en aquellos mismos años había resplandecido por ellas un milagro como este.

31

Hubo en aquel monasterio un hermano muy virtuoso y querido de todos. Al llegar al trance de la muerte, estando alrededor los hermanos que habían venido a encomendar su espíritu al Señor con la oración, de pronto alzó la voz y clamó diciendo: «¡Ayudadme, os lo ruego, señores, por amor de Dios! Ahora mismo —dijo— he sido arrebatado al juicio, y allí el diablo, acusador del género humano, presentó contra mí como testimonio un saquito lleno de las migas de pan que no quise comer según la costumbre y que cayeron de la mesa.» Y poco después comenzó de nuevo a gritar terriblemente y a decir: «¡Mirad, aquí está

el diablo de quien os hablé, trayendo el saquito!» Y como los hermanos, aterrados, se maravillaban, añadió de nuevo: «Allí está, ¿no lo veis?» Luego se protegió todo él con la señal de la cruz, y entre palabras de oración entregó el espíritu. Desde aquel día, pues, se recogieron las migas con toda diligencia.

32

Hay también entre ellos otra forma de silencio. En las horas no permitidas nadie se atreve a hablar dentro del claustro de aquel monasterio, ni a juntarse con otro hermano. Y cuando se celebran doce lecciones, nadie se atreve a hablar al día siguiente dentro del claustro, salvo en el capítulo. En la octava de la Natividad del Señor y de su Resurrección guardaban día y noche el silencio más riguroso. Decían que este silencio brevísimo significaba aquel silencio eterno. Porque cuantas veces era preciso pedir cosas necesarias, otras tantas se hacían unos a otros diversas señas para lograrlo, que creo que los gramáticos habrían querido llamar notas de los dedos y de los ojos. Tanto había crecido entre ellos esta práctica, que creo que, si hubieran carecido del uso de la lengua, las solas señas habrían bastado para expresar todo lo necesario. En los días ordinarios y en las demás octavas de los santos se guardaba esta distinción. En los días ordinarios, entre los oficios del día y de la noche, cantaban ciento treinta y ocho salmos, de los cuales nosotros hemos quitado catorce en atención a los pusilánimes, sin contar las oraciones particulares que

frecuentan nuestros hermanos, que parecen exceder la medida del salterio. Así también con dos misas y otras tantas letanías. En cada una de las horas canónicas se arrodillaban dos veces. En las octavas que hemos dicho, cantaban solo setenta y cinco en los mencionados oficios, se arrodillaban una vez y comían dos veces. Hay muchísimas otras cosas que juzgo mejor no insertar en esta obra, en atención a los lectores que se cansan fácilmente.

33

Así pues, cuando Odón asumió el magisterio de la escuela, pronto se presentó la ocasión oportuna para probar su paciencia. Llegó la noche, y he aquí que uno de los niños pidió por señas salir a hacer sus necesidades. Aquel lugar estaba tan unido al dormitorio, que la lámpara que allí ardía por mandato de la Regla lo iluminaba todo. Se levantó, pues, el padre Odón, despertó a otro de los niños y, contento con aquella sola luz, fue con él. Al día siguiente, reunidos los hermanos en el capítulo, como es costumbre, terminados el Martirologio y el versículo y la lectura de la Regla, comenzaron a reprenderlo duramente por haber ido de noche tras el niño sin vela. Mas como nadie se atreve a exponer su causa antes de pedir perdón, ni a defender su parecer después de pedirlo, al punto se postró en tierra y pidió perdón, diciendo que le podía bastar la luz del dormitorio. Pero no solo no fue escuchado por ellos, sino que, al contrario, fue condenado por culpa grave. Entonces aquel varón beatísimo, que había empren-

dido el camino estrecho y venido a seguir a aquel que cuando padecía no amenazaba (1 Pe 2,23), sin indignarse ni murmurar, ni oponer quejas a la contradicción, sino buscando cada momento oportuno, postrado en tierra imploraba perdón. Su abad, queriendo probar su paciencia, fingió estar airado y pronunció una sentencia unida a la excomunión: que aquel día no volviera a pedirle perdón. Pero él, revolviendo en su pecho aquello de David que dice: He venido a ser como una bestia de carga delante de ti, y estaré siempre contigo (Sal 73,22-23), y también: Pusiste tribulaciones sobre nuestras espaldas, pusiste hombres sobre nuestras cabezas (Sal 66,11-12), fue a echarse a los pies de los hermanos y les rogó que fueran a pedir perdón al abad en su lugar; y así se hizo. Al fin el abad Bernón, admirado de tanta paciencia en un joven, lo llamó en seguida, y según la Regla sanó aquella turbación con la bendición: y desde entonces le fue más querido.

34

Había en aquella misma comunidad los hermanos, jóvenes de espíritu y de conducta, de quienes hicimos mención más arriba. Por donde debían aprovechar, por allí iban a su perdición. Pues cuantas veces podían hallar lugar u ocasión, le lanzaban toda clase de injurias y reproches falsos. Pero Odón, varón pacífico, los llevaba aparte y, siendo inocente, se postraba a sus pies como culpable pidiendo perdón, no por temor humano sino por amor fraterno, para corregir con la paciencia a los que veía incurrir en el castigo

divino. A veces su paciencia los contenía por fin; pero, como el agua que corre, volvían en seguida a sus propios vicios. Pues al que debían imitar, en cambio lo perseguían. El cabecilla de esta peste se llamaba Guido. Muchas veces, cuando uno instigaba a otro a que lo injuriara, decía el enviado: «¿De qué sirve hacer esto cada día, si no podemos ni ahuyentarlo ni provocarlo a la afrenta? Bien sabes que es más docto que nosotros. Hasta ahora, todo lo que he querido aprender de él me lo ha enseñado con gusto. Temo, te digo, que algún día, quebrantado por tantas injurias, comience a negar a su pesar lo que ahora da de buena gana.» Pero el otro dijo: «No es como afirmas. El hermano Odón es tal que soporta no solo esto o cosas semejantes, sino aun peores; y después de ello te dará con gusto lo que quieras.» En efecto, al poco tiempo fueron heridos por el castigo divino, por justo juicio de Dios, ya que la corrección fraterna no pudo contenerlos. Pues muerto Bernón, que era entonces el padre de aquel monasterio, dejaron al punto el hábito religioso y volvieron al siglo, y después merecieron una muerte espantosa.

35

Nuestro padre suele contar también que en aquel tiempo sucedió allí este milagro. Había en aquella comunidad un hermano que tenía esta costumbre: cuando se sentaba a la mesa, ocupaba toda su mente en la lectura. Un día sucedió que, recogidas las migas como de costumbre, antes de que las tomara, el mencionado abad puso fin a la

lectura. Él no sabía en absoluto qué hacer. Pues no se atrevía a comerlas una vez terminada la lectura, ni a dejarlas, no fuera que se perdieran. Cerrando el puño, juzgó conveniente que, cuando volvieran después del versículo, se reservaran para el padre del monasterio. Y así, al volver del oratorio, se postró en seguida a los pies del padre. Cuando se le preguntó por qué pedía perdón, y quiso mostrar con la mano abierta lo que había sucedido, todas aquellas migas se habían convertido en algo semejante a perlas. Glorificando, pues, al Señor, quedaron maravillosamente asombrados. Luego, por mandato del padre, fueron tejidas en un ornamento de aquella iglesia. Y él suele contar estas cosas de sí mismo, como si hablara de otro. Desde entonces comenzó a arder interiormente por rescatar a sus padres, para poder sacarlos de los lazos de este siglo. Así sucedió que, no mucho después, obtenida licencia, fue a ver a su padre, lo llevó al monasterio y lo hizo monje; y a su madre le hizo tomar el sagrado velo: cuya vida, si me hubiera sido lícito escribirla, más parecería una historia que una hojilla.

36

Sucedió en aquellos días que, habiéndose hospedado una tarde, ya tarde, para descansar en la casa de un varón nobilísimo, estando ausentes los señores, se hallaba allí con la servidumbre la hija de estos, doncella ya crecida, que durante toda la tarde se dedicó a observar con mucha atención sus acciones y su modo de vida. Luego, compungida, entró secretamente donde él estaba

por una puerta trasera y, postrada a sus pies, le dijo que estaba condenada a ser entregada pronto en matrimonio; y le pidió que, por amor de Dios, de quien él se confesaba siervo, la librara aquella misma noche. Al oír esto el soldado de Cristo, como no sabía qué hacer ni cómo satisfacer el deseo de tan noble doncella, comenzó a agitarse vivamente en su interior. Teniendo, según su costumbre, piedad para con Dios, y piedad también ante las lágrimas de la doncella, se ponía delante el juicio de Dios y la perdición de aquella alma, y el clamor de los parientes y del pueblo contra él: que un monje se hubiera atrevido a tales cosas. Pero, vencido por el amor de Dios y por los sollozos de la doncella, consintió al fin en rescatarla. Aquella noche, mientras todos los criados de la casa dormían, él y el hermano que lo acompañaba montaron a caballo y se adelantaron, y por orden suya los criados que lo acompañaban tomaron a la doncella y los siguieron. Al día siguiente llegaron al monasterio. Junto a aquel monasterio había un oratorio construido donde se recibía a mujeres nobilísimas para orar; allí dispuso que ella se quedara, y luego se dirigió al monasterio. Al día siguiente, como es costumbre, procuró contar al padre del monasterio todo lo que había hecho. Y cuando este oyó lo que había hecho con la doncella, con el rostro turbado comenzó a reprenderlo severamente por haberse atrevido a hacerlo sin licencia. Al punto él cayó en tierra y, echado a sus pies, pedía perdón. Después, levantado del suelo por orden del padre, y repetida la pregunta, respondió diciendo: «Señor padre, desde que te

dignaste recibirme a mí, miserable, por lo que he podido observar, nunca has tenido otro cuidado que el de ganar almas. Porque los demás abades se afanan en esto: en cómo abundar en bienes y agradar a los hombres. Tú, en cambio, apoyado en la piedad y la misericordia, te esfuerzas por agradar solo a Dios para ganar almas; por eso he deseado ser tu imitador, y por eso quise ganar a esta doncella para alabanza de tu nombre. Pues aunque sus lágrimas me vencieron tarde, no olvidé tu reprensión, que sabía con toda certeza que no podría evitar: pero preferí ser azotado por el látigo de un padre piadoso antes que ser tenido por reo de su alma. ¡Ojalá hubiera podido ganar a todas las mujeres que viven en esta provincia y están sujetas al vínculo carnal, y tú hubieras tenido que azotarme, a tu piadosísima manera, por cada una de ellas!» Con estas y semejantes palabras calmó el enojo del padre; pero este le impuso al punto tal obediencia: «Ve, y así como supiste arrancarla del siglo, sabe también alimentarla cada día e instruirla con santos consejos, no sea que algún día se arrepienta y vuelva al siglo por persuasión del diablo.» Y desde entonces el padre Odón comenzó a llevarle comida cada día y a instruirla con los ejemplos de los Padres antiguos, hasta que a los pocos días la llevó a un monasterio y la unió a las sagradas vírgenes. Pero todo esto se hacía en presencia de los hermanos, por el buen testimonio. Sucedió no mucho después que ella se durmió en el Señor. Y cuando las hermanas la rodeaban para proteger con la oración su espíritu, y la tenían ya casi por muerta, de pronto comenzó

a decir con la voz que pudo: «Ayudadme, os lo ruego, a levantarme.» Y como le preguntaran por qué decía eso, dijo: «Mirad, veo venir al beatísimo apóstol Pablo, y quiero salir a su encuentro.» Apenas había acabado de hablar, y tendiendo los brazos para levantarse más deprisa, repetía las mismas palabras. Las demás pensaban que deliraba. Entretanto, como pudo, se incorporó sobre las rodillas y, con la cabeza inclinada, pidió la bendición al que venía con estas palabras: «Bendecid», y al punto descansó para siempre. Por eso nadie dudó de que había sido acogida por aquel que la había visitado.

37

El padre Bernón, pues, previendo que llegaría a ser un varón de gran virtud, lo promovió y, llamando a un obispo, lo hizo consagrar sacerdote sin que él lo quisiera. De este obispo suele contar el padre Odón que ningún perro se atrevía a comer el alimento que él había bendecido; y si por casualidad sucedía, el perro moría al instante, como si en lugar de comida hubiera probado algo venenoso. Pero ruego que nadie me critique por haber dicho que fue consagrado contra su voluntad, no sea que quien lo intente parezca ser de aquellos que no temen comprar o vender el don del Espíritu Santo. Así, la noche que siguió al día de su ordenación, al despertar del sueño nocturno sin acordarse de su consagración, y hallar alrededor de su cuello (como es costumbre) la estola que el obispo le había impuesto, rompió al punto en llanto, como si le hubiera sucedido

una gran desgracia; y durante mucho tiempo después, por la excesiva vergüenza, no sabía con qué cara podría salir del monasterio. Por eso sucedió que el padre Bernón, hallando una ocasión, lo envió a ese mismo obispo. Y cuando aquel obispo, sobre todo para consolarlo, se extendía en un largo discurso acerca de la cumbre del sacerdocio, sucedió que la conversación entre ellos recayó sobre el estado de la Iglesia. Entonces el padre Odón comenzó a exponerle, a partir de la profecía de Jeremías, un lamentoso discurso sobre los sacerdotes; y cuando terminó, el obispo comenzó a pedirle que le pusiera por escrito aquel discurso y lo compusiera en forma de librito. El padre Odón, por su parte, le alegó la Regla, en la que se dispone que al monje no le es lícito hacer nada sin licencia del superior. Así que el obispo fue al monasterio por esta causa. Y como era amigo íntimo del mencionado padre, obtuvo en seguida de él lo que quería; luego, por mandato de este, Odón compuso tres libritos a partir de la profecía de Jeremías, cuyo texto se ha copiado ya en diversas iglesias.

38

Por aquel tiempo el padre Bernón cayó enfermo de una dolencia mortal. Al punto llamó a los obispos vecinos y renunció a todo su cargo; y además proclamaba con voz llorosa que había presidido tal ministerio siendo culpable e indigno. Entre estas palabras rogaba a los hermanos que se eligieran por padre a quien quisieran. Entonces nuestro padre fue agarrado por las manos de los

hermanos y, como sujetado a la fuerza, mientras todos clamaban que fuera ordenado, fue llevado a la fuerza ante su abad. Y como ni aun así quería ceder y asumir el puesto de pastor, fue vencido al fin por la excomunión de los obispos. Ordenado él, en breve tiempo el padre Bernón partió hacia el Señor.

LIBRO SEGUNDO

1

Por las muchas calamidades y frecuentes enfermedades, poco he podido contar de nuestro padre Odón, y solo lo que hizo bajo su abad: con todo, vuestra diligencia puede comprender fácilmente por ello de cuán gran perfección partió. Pero como el comienzo de la vida bienaventurada trae consigo angustias y trabajos, y el fin de los combates gloria y alabanza, por eso me apresuraré a recorrer cuanto antes su vida bienaventurada y tranquila, como por un sendero recto, hasta su muerte. Así pues, elegido el padre Odón y ordenado abad, al punto se levantaron contra él los mencionados veteranos perseguidores. Pero él, prefiriendo ceder el lugar y descansar dichosamente antes que vivir en contienda, dejó aquel monasterio y todo lo que allí había preparado don Bernón y le había entregado como un padre, se fue a Cluny y acabó el monasterio comenzado tiempo atrás. Y lo siguieron los ancianos de aquel lugar.

2

Por aquel tiempo se agotaron todos los fondos que había traído consigo para construir las dependencias del monasterio. Todo esto sucedía hacia la fiesta del bienaventurado Martín. Es costumbre nuestra celebrarla durante un ciclo de ocho días. Celebrado, pues, el oficio matutino del octavo día, y sin despuntar aún la aurora, todos volvieron a sus lechos, más para reposar que para dormir; y nuestro padre contaba que a cierta ancianita se le reveló una visión como esta. Miraba, y he aquí un varón venerable, adornado de canas y vestido con una estola resplandeciente, sobre la cual llevaba un manto pluvial, y que llevaba en la mano un báculo a la manera de los obispos: acercándose, comenzó a examinar por todos lados la construcción de aquel monasterio. Y como ella le preguntara quién era o por qué examinaba aquel edificio, dijo él: «Yo soy aquel cuya solemnidad del octavo día celebran los hermanos; y he venido a visitarlos. Diles que no desfallezcan, sino que perseveren en la obra comenzada.» A esto añadió aquella persona que se habían agotado todos los fondos que él había traído consigo. Y él dijo: «Que no teman. Mira, ahora vengo de Roma y voy a Tours. Haré mi camino por Gotia y Aquitania, y de aquellas regiones les mandaré tal suma que ahora les sobre en abundancia y les dure largo tiempo.» Alegres, pues, los hermanos, y seguros por la promesa de tan gran varón, comenzaron a dar gracias a Dios con todo regocijo. Quién fue aquella persona no me atrevo a declararlo, porque era costumbre de nuestro padre no atribuirse nunca deliberadamente nada a sí mismo;

sino que, si había visto algo grande o pequeño, contaba lo que había visto de este modo: «Uno de nuestros hermanos, o cierta ancianita, vio esto o aquello.» Pues cuantas veces me lo contó, otras tantas me aseguró que, a los pocos días de esta revelación, se llevaron allí desde las tierras de Gotia más de tres mil sueldos. Tantas y tales cosas solía contarme bajo esta apariencia, sucedidas en el monasterio de San Benito llamado Fleury, y del mismo modo en Cluny, que, si me atreviera a ponerlas por escrito con detalle, la extensión del libro superaría la escasa capacidad de quien lo dicta. Pero he aquí que, mientras contamos por menudo cómo se cumplió la fidelísima promesa del bienaventurado Martín, de pronto me viene a la memoria la no pequeña ayuda de las bestias salvajes. Esto, una vez escrito, quizá mueva a risa a algunos lectores: pero ya que hemos sido hechos espectáculo para los ángeles y para los hombres (1 Cor 4,9), los que desdeñan imitarnos o no pueden, tengan de nosotros al menos una carcajada, viéndonos avanzar de lo bueno a lo mejor; y al fin, dejando su vida lúgubre, sigan con todo júbilo hacia los gozos eternos.

3

Construido, pues, el oratorio del monasterio, van los hermanos e invitan al obispo, como es costumbre, a consagrar aquel lugar. Pero él, teniendo en poco la pobreza de los monjes, vino el día señalado rodeado de multitudes y acompañado de servidores. Al saber de su llegada, los hermanos se llenaron de vergüenza, pues no tenían

un aparato tan digno con que pudieran recibirlos decorosamente. Pero aquella mañana, al despuntar el alba, he aquí que un jabalí enorme salió del bosque y se dirigió a toda prisa al monasterio. Al verlo el guardián de la iglesia, como estaba fuera del monasterio, pensando en el ornato de aquel lugar, huyó a la iglesia y le cerró las puertas. Pero él, dejando su fiereza, como pidiendo que alguien le permitiera entrar, golpeó largo rato aquellas puertas y las untó con la espuma de su boca hasta donde pudo alcanzar. Y en verdad, como no había nadie que por miedo le abriera, permaneció allí hasta que llegó el obispo con los suyos: y a ellos se ofreció espontáneamente para que lo mataran, cumpliéndose la palabra del salmista que dice: Los que temen al Señor no carecerán de ningún bien (Sal 34,10-11); y también: No serán confundidos en el tiempo malo, y en los días de hambre se saciarán (Sal 37,19).

4

En verdad, el padre Odón confesó una vez que siempre tuvo con qué sustentar a los hermanos y qué dar a los pobres. Porque nunca un pobre se apartó vacío del regazo de su misericordia. Cuantas veces salí con él, siempre preguntaba con cuidado si teníamos con qué sustentar a los pobres; luego, si teníamos todo lo necesario, seguía adelante seguro, sin vacilar; y porque se daba a todos los que pedían, por voluntad de Dios todo se le proveía. Tenía siempre a mano aquel precepto de Tobías: Mira que no apartes tu rostro de nadie (Tob 4,7), y: Da a todo el que te

pida (Lc 6,30). Si alguien le traía algún presente y parecía pobre por su vestido, le preguntaba en seguida qué quería o si necesitaba algo de él. Si pedía algo, al punto estimaba en balanza justa cuánto valía aquel presente, y mandaba darle el doble; lo cual le vi hacer muchas veces en muchas cosas. Confieso mi pecado: que muchas veces me entristecí por tales cosas; y como era prior, como compadecido de la pobreza de la casa y mirando por las necesidades de los hermanos, le decía, con pretexto de escasez, que no era justo darlo todo así sin discernimiento. Yo creía obrar con sabiduría, pero más bien, envuelto en la niebla de la necedad, me estrangulaba la espada de la tacañería. Pero él, como era peritísimo médico de almas, tomaba en cierto modo con la mano del discernimiento el pulso de mi error, y con este ejemplo curaba la herida de mi alma. Me decía: «Calla, que dices eso para tu mal. Hubo un joven dado al estudio de las letras que, una noche de invierno, mientras iba presuroso a Maitines para estar a tiempo entre sus condiscípulos, vio tendido en el atrio de la iglesia a un pobre medio desnudo; y compadecido de su miseria, se quitó el escapulario que llevaba encima y, al pasar, se lo echó al pobre para que lo usara. Considerando lo que había hecho, alejó de sí el temor del frío. Terminada la alabanza matutina, volvió a su celda, ya todo aterido. Pero cuando quiso acostar en el lecho los miembros helados para que entraran en calor, halló sobre su camastro una libra de oro, y desde entonces tuvo en abundancia qué guardar para su uso y qué dar a otros.» Yo, sin embargo,

no sé de quién lo decía. Con estos y semejantes ejemplos aplicaba cataplasmas a la herida de mi perversidad.

5

Quisiera pasar a otras cosas; pero sus muchas misericordias me obligan a escribir, y a hablar de nuevo con más extensión de su largueza. Con todo, sé que no podré hacerlo sin vergüenza propia. Escribiré, no obstante, y clavaré en mí mismo la espada de la reprensión, y después descubriré a todos mis culpas, para que, si ahora no puedo confesárselas a él, porque se ha ido, al menos os gane a vosotros como intercesores ante él. En sus viajes, a cuantos niños encontraba junto al camino los hacía cantar algo, y como premiando su juego, mandaba darles algo de lo suyo. Decía que merecían una recompensa no pequeña. Decía estas y semejantes cosas para alegrarnos a nosotros con su buen humor y para confortar a ellos con las entrañas de su misericordia. Pues sus palabras estaban llenas de todo júbilo, y su conversación, de puro gozo, nos hacía reír. Pero él, teniendo en la mano las riendas de la moderación, nos oponía en seguida un capítulo de la Regla, diciendo: «No amar la risa excesiva o estrepitosa»; y también: «Que el monje no sea fácil ni pronto a la risa, porque está escrito: El necio en la risa levanta la voz (Eclo 21,20).» De este y semejante modo nos contenía de la risa; pero su alegría espiritual infundía en nuestro corazón un gozo interior. Pero ¿qué podré decir yo, indigno, dignamente de él, o qué contar de tanto gozo? En verdad, como no

podíamos satisfacer de otro modo nuestro afecto, le besábamos a escondidas los vestidos. Pero ¿qué tiene de extraño en nosotros, que estábamos de continuo junto a él? Pues cuando entraba en la iglesia de San Pedro, los siervos de Dios y los que subían allí a orar salían de todas partes y corrían tras él, y asiendo el borde de la orla del manto con que se cubría a modo de capa, lo besaban. Y él iba con paso apresurado, como huyendo, y ellos lo seguían como perseguidores. Era, en efecto, como piedra angular escuadrada, angélico y humano a la vez, generoso y amable, de modo que cada día parecía cumplirse en él lo que se lee en el salmo: Dichoso el hombre que se compadece y presta (Sal 112,5), y lo demás; y también, como dice el apóstol Pablo: Porque Dios ama al que da con alegría (2 Cor 9,7). Aseguraba que los ciegos y los cojos serían los porteros del paraíso; por eso nadie debía echarlos de su casa, no fuera que ellos le cerraran en el futuro las puertas del paraíso. Y si por ventura alguno de nuestros criados, no soportando su importunidad, les respondía con aspereza, o no les daba en seguida las limosnas acostumbradas, o les negaba el acceso a la puerta de nuestra tienda, al punto lo reprendía severamente con amenazas; luego, estando él presente, llamaba al pobre y le mandaba diciendo: «Cuando este llegue a la puerta del paraíso, págale con la misma moneda.» Decía esto para atemorizarlos, para que no volvieran a hacer cosa semejante, y para formarlos en el afecto de la caridad. Y si junto al camino (como suele suceder a menudo) encontraba a una anciana o a un enfermo, en

seguida bajaba de su caballo y lo hacía montar en él, mandando a todos que se adelantaran a distancia, y ordenaba que uno de los criados se mantuviera a su lado para sostenerlo y que no cayera. Él, por su parte, iba a pie entre nosotros, que íbamos a caballo, y salmodiando siempre nos obligaba a salmodiar con él. Y si alguno, por vergüenza o por temor a él, quería desmontar, al punto le mandaba que siguiera sentado donde estaba, sabiendo que quería hacerlo por reverencia a él, y no por el pobre; y muchas veces le vi hacer esto.

6

En el tiempo en que, con Geraldo, obispo de la iglesia de Riez, atravesamos los Alpes Cotios y llegamos juntos a Roma, recuerdo que hizo esto con una mujer endemoniada, que al punto recobró la salud y vino con nosotros hasta Siena, y allí se quedó enferma de disentería. Después la vimos juntos en San Pablo de Roma, y él mandó en seguida por señas que le dieran un denario. Y como ella, sentada, se avergonzaba, con la cabeza inclinada y los ojos clavados en el suelo, pregunté quién era aquella mujer. Él respondió: «Es tal y tal.» Y me dio señas para que pudiera reconocerla más fácilmente. En aquel mismo viaje, un viejecillo débil atravesaba con nosotros los mencionados Alpes. Iba cargado con un saco lleno de panes y de ajos, cebollas y puerros, cuyo hedor yo no podía soportar en absoluto. Pero el piadoso padre, en cuanto lo vio, según su costumbre lo hizo montar en su caballo y cargó él con

aquel hediondísimo saco. Y yo, no soportando tal hedor, me aparté más lejos del lado de aquel a quien acompañaba. Recorrido el angostísimo paso del Alpe más alto, cuando comenzábamos a bajar por la ladera del monte, lo vi parado a lo lejos, obligando al pobre a montar de nuevo en su caballo. Ni aun entonces devolvió el saco al pobre, sino que lo colgó del arzón de la silla. Yo me adelantaba a los que me precedían, y para acercarme a él iba deprisa y avergonzado. Y al poco, cuando llegué junto a él, me dijo: «Acércate, que quedan salmos que debemos cantar.» Y como yo le respondiera que no podía soportar el hedor de aquel saco, al punto me reprendió diciendo: «¡Ay de mí! ¡El pobre puede comer lo que a ti te apesta, y tú no puedes soportar su olor! ¡El pobre puede llevarlo, y tú dices que ni siquiera puedes verlo!» Esto lo decía de sí mismo, que era un verdadero pobre de Cristo. Con estas y semejantes palabras me reprendió, y curó de tal modo mi olfato que nunca más volví a sentir aquel hedor.

7

Por el mismo tiempo fuimos enviados a Italia por el sumo pontífice León, para desempeñar una embajada de paz entre Hugo, rey de los lombardos, y Alberico, príncipe de la ciudad de Roma. Tras no pocos peligros llegamos al fin a Siena. Aquella ciudad padecía la escasez del hambre. Para emprender tan peligroso viaje teníamos unos treinta sueldos de plata, de los cuales la mayor parte ya se había repartido. Yo, recordando su costumbre, que nada reservaba para su uso

ni para el nuestro, y temiendo que nosotros y todos los nuestros desfalleciéramos de hambre si faltaba con qué comprar el alimento de todos, tomé lo que quedaba de aquellos sueldos, me aparté de él a escondidas y atravesé la ciudad sin que él lo supiera. Al entrar él en la ciudad, salieron a su encuentro los necesitados pidiendo las limosnas acostumbradas. Él, mirando a todos, como no me vio, comprendió al punto lo que yo había hecho. Sabía que, aunque no estuviera presente, no estaría lejos; por eso hizo señas a todos con la mano para que lo siguieran, y así lo hicieron. Al atravesar la plaza de la ciudad, vio a tres hombres adornados de cierta dignidad que los apartaba de la importunidad de pedir, aunque también ellos habían caído en la misma penuria. También a estos les dio ocasión de participar de su bendición. Delante de la puerta de su casa había sendas bandejitas llenas de bayas de laurel. En seguida preguntó a uno de ellos a qué precio vendían aquellas bayas de laurel. Este dijo no sé qué precio vil; y nuestro padre le respondió: «Calla, no digas el precio que has dicho, sino di tantos denarios.» Él así lo hizo: y Odón tomó al punto prestados otros tantos denarios, y así, con pretexto del precio, los obsequió con su bendición. Entretanto, mientras yo aguardaba su salida, lo vi al poco venir de lejos, avanzando como un soldado ceñido para la batalla, rodeado de tropeles de pobres, pero tan lleno de júbilo que, cuando lo saludé a nuestra manera, apenas podía devolverme la bendición. Luego fingí preguntarle quiénes eran los que caminaban a su alrededor o

qué buscaban. Él dijo: «Estos son los domésticos de Dios y nuestros jornaleros. Date prisa, pues, y págales su salario.» Hecho esto, le pregunté de nuevo para qué necesitaba tantas bayas de laurel o de dónde las había sacado. Y él comenzó a decirnos palabras tantas y tales como nunca oí desde mi niñez, ni espero volver a oír. Tanto nos alegró a todos que, de puro gozo, ninguno de los nuestros podía contener las lágrimas lo bastante para hablar con el otro. No se habían enjugado aún las lágrimas de tan gran gozo cuando, inclinándome ante su paternidad, comencé a rogarle que no nos cargara con el fardo de aquellas bayas, sino que las devolviera a los vendedores. Pero él dijo: «No lo haré, porque temo que quizá nos devuelvan el precio después.» A duras penas pude al fin obtenerlo, haciéndole ver lo apartado del lugar y lo largo del camino ya recorrido. Aquel mismo día me predijo que llegaría a ser prior, y otras muchas cosas que después me sucedieron. Luego comenzó a enseñarme cómo debía adquirir la paciencia entre las demás virtudes; y, tomando principio de sí mismo, comenzó a contar cuántas y cuáles cosas había sufrido de sus hermanos en el tiempo de su ordenación. Lo cual no conviene escribir ahora, por la santísima vida que llevaron después.

8

Sin haber terminado aún el viaje, y antes de que se nos acabara del todo el dinero, nos salió al encuentro nuestro hermano el presbítero Pedro, que venía entonces a Roma para abrazar la

vida religiosa; con sus bienes se remedió nuestra pobreza, pues tomamos de él con qué acabar nuestro viaje. Esto sucedía durante dos meses, a saber, enero y febrero. Nuestro camino pasaba por los montes de Amiata. Cayó por aquellos días tanta nieve que nos quitó el conocimiento de un camino antes conocido; y de tal modo llenaba los pliegues de todos, que, helándose los miembros, perdíamos hasta el habla. Y como veía que sus miembros de anciano se consumían, le hice una túnica ligera que pudiera protegerle y calentarle el cuerpo. Cumplida, pues, la embajada, los nuestros nos obligaron a volver por las regiones de la costa. Y sucedió que, al llegar al lugar llamado vulgarmente Burriano, cuando el sol ya se ocultaba en el Océano, nos salió al encuentro un pobre medio desnudo, cuyo aspecto, así como entonces no pude observarlo, tampoco después he podido recordarlo. Recuerdo, sin embargo, esto: que con los pies descalzos y los costados desnudos pisaba sin temor la inmensidad de aquella nieve. Cuando nuestro padre se le acercó, se detuvo, obligó a todos a adelantarse, y al punto se despojó de su ropa y cubrió al pobre, y me mandó darle además el dinero suficiente para terminar su viaje. Entonces me detuve un poco y le pregunté adónde iba, sabiendo que en aquella vasta soledad no había lugar adonde desviarse. Él dijo que podría llegar al castillo de los pastores con día todavía. Por sus palabras comprendí que el que se había aparecido no era un simple hombre, pues el trecho de camino que prometió recorrer en una sola hora apenas lo recorrimos nosotros en casi todo el día;

y este hecho se me había mostrado en el mismo orden, la noche anterior, en una visión terrible. Tan dilatado era, en efecto, el seno de su misericordia, que no solo hacía esto con los fieles, sino que aun a sus perseguidores les abría las manos y les tendía las palmas. De esto os contaré también el siguiente ejemplo, en el que estuvo presente el hermano Firmo, hermano del señor abad Balduino.

9

En tiempos pasados, cuando el mencionado rey Hugo asediaba la ciudad de Rómulo por su enemistad con Alberico, el ya nombrado príncipe, él comenzó a ir y venir dentro y fuera, sembrando entre ambos consejos de paz y concordia, para poder aplacar el furor del rey y librar la ciudad de tan gran asedio. Entretanto, un día que pasaba junto al monasterio del bienaventurado apóstol Andrés, llamado del Clivus Scauri, un campesino quiso matarlo por una cantimplora de agua. Pues, como dice la Escritura: El que anda con sencillez anda confiado (Prov 10,9); según su costumbre, sin dañar a nadie y sin sospechar nada, caminaba con la cabeza inclinada. Tan arraigado estaba en él el uso de la Regla, que dondequiera que estuviese, de pie, andando o sentado, iba siempre con la cabeza inclinada y los ojos clavados en el suelo; por lo cual algunos, en el tiempo de su vida religiosa, lo llamaban en broma el Cavador. Y sucedió que, cuando el campesino le lanzaba un golpe a la cabeza, todos los que estaban junto al camino, dando voces, le sujetaron las manos al agresor.

Entonces el dulcísimo padre (si no me engaño, no sé cuántos denarios tomó prestados) le devolvió bien por mal y lo despidió hecho amigo. Pero cuando esto llegó a oídos del mencionado príncipe, quiso cortarle las manos. Al saberlo, el señor abad Odón suplicó con insistencia que no se hiciera, y dejó libre a aquel campesino sano y sin castigo.

10

Divulgado entre muchos, y también en vuestros oídos, está lo que nuestro padre hizo tiempo atrás con un ladrón al venir a Roma; y me agrada escribirlo más para que no se olvide que para darlo a conocer a vuestra diligencia. Mientras él permanecía en la ciudad para orar, pareció bien a todos que nuestro hermano don Godofredo fuera al campo a vigilar a los mozos de los caballos. Y sucedió que a la noche siguiente, cuando los mozos, rendidos por el sueño, se habían dormido, y él, en vela, perseveraba en la oración, se presentó un ladrón, se apoderó de un caballo, montó en él y emprendió la fuga. El mencionado hermano prefirió perder el caballo antes que romper el silencio; y si lo hubiera roto, el ladrón habría soltado al punto el caballo. Esto, sin embargo, sí hizo: fue y despertó con un toque a uno de los mozos, y le mostró por señas lo que había sucedido. Pasada la noche y llegada la mañana, vieron a lo lejos al ladrón sentado sobre el caballo, clavado en un mismo lugar. Lo prendieron y lo enviaron atado a nuestro padre, el cual mandó al punto que le dieran cinco sueldos de plata, diciendo

que no era justo despedirlo sin el debido salario, ya que durante toda la noche había soportado mucho trabajo. Pero después que, atraído por Dios, llegué a la vida monástica, y luego, con el correr del tiempo, fui elegido prior por los hermanos, nuestros hermanos me señalaron muchas veces a aquel ladrón; y como era hijo de nuestro molinero, cuantas veces su padre contrariaba la voluntad de los hermanos, otras tantas me obligaban a reclamar aquellos sueldos.

11

Ya que la conversación ha venido a parar en la práctica del silencio, sin el cual la vida del monje ha de tenerse por nada, resta que volvamos atrás y nos detengamos un poco en él. Porque la vida del monje vale algo mientras se esfuerce por vivir en silencio. Quitado este, todo lo que crea hacer bien u honestamente según la institución de los Padres no será nada.

12

En el tiempo, pues, en que la ferocísima gente de los normandos devastaba con espadas sangrientas las tierras de Poitou y de Turena, sucedió que dos varones venerables de aquella misma comunidad fueron enviados a Tours, no sé por qué causa: uno de ellos se llamaba Archembaldo, y lo conocí bien; el otro no lo conocí, y se llama Adalasio; varones de grandísima fama, que han llegado a ser padres de muchos monjes. Sucedió, pues, que mientras hacían tan largo camino y se habían

desviado a cierto lugar para descansar, fueron capturados por esos mismos normandos aquella misma noche de este modo. Había junto al lugar una población, sobre la que cayeron de noche y la tomaron; y otra partida de normandos que iba de camino con el botín ya capturado llegó al mismo lugar en que estaban los mencionados hermanos. Pudieron prenderlos, atarles las manos y llevarlos por delante, pero no pudieron romper su silencio. Llegada la mañana, arribaron al lugar señalado, donde habían convenido reunirse. Los mencionados hermanos se apartaron un poco de ellos y, atados como estaban, se postraron rostro en tierra, para terminar el curso de los salmos y poner así fin al silencio. Aún no habían acabado la oración cuando llegó la otra partida con mucho botín. Su jefe, al hallar a los mencionados hermanos tendidos en tierra, preguntó quiénes eran. Ellos le refirieron por orden todo lo que habían hecho, añadiendo que de ningún modo habían podido hacerlos hablar. Él entonces, hinchado de barbárica ferocidad, por su excesiva soberbia se lanzó contra ellos en el caballo enjaezado que montaba, con la lanza baja como para herir, infundiéndoles temor de muerte, queriendo probar si tenían miedo. Entretanto la turba que había acudido de todas partes a este espectáculo, vociferando, aplaudía a la manera bárbara. Pero ellos, así como eran constantes de ánimo, así permanecieron inmóviles de cuerpo: y esto no lo hacían por burla alguna, sino por derecho y observancia de la santa Regla, bajo la cual deseaban morir y vivir, sin apartarse nunca de ella. Pero la mano del

Todopoderoso convirtió al punto su alegre espectáculo en duelo. En cuanto el bárbaro se acercó a ellos, el caballo que montaba dio un salto de lado, derribó a su jinete en tierra y lo estrelló. Al golpe siguió en seguida una fiebre mortal. Todos enmudecieron y, llenos de estupor, comenzaron a preguntarse qué debían hacer con ellos. Tomado al fin consejo, juzgaron conveniente, según el rito bárbaro, que uno de ellos fuera muerto por la vida de su jefe. Luego comenzaron a buscar por suertes a cuál de ellos debían matar. Pero sobre varones de virtud, contados en la suerte de Cristo, de ningún modo podía caer la suerte diabólica. Quedaban, pues, pasmados ante ellos y decían admirados que eran más que hombres, pues su suerte no había podido caer sobre ellos. De este modo, en efecto, habían matado a uno de sus criados. El otro criado que quedaba conocía muy bien la lengua de los enemigos, y les comunicaba en secreto en latín todo lo que decían. Y creemos que el Consolador de los hombres salvó a este por lo que les revelaba. Entonces se acercaron a ellos, les desataron rápidamente las manos y comenzaron a rogarles con insistencia, por medio de un intérprete, por la vida de su jefe: y así sucedió al fin que nunca más se atrevieron a atarlos. Y también fue admirable esto: uno de los mencionados hermanos llevaba al cuello una cruz de oro, y cuando la hallaron no se atrevieron a quitársela. Usaron entre ellos de la comida y bebida que quisieron mientras estuvieron con ellos: así se cumplió en ellos aquel gozo probadísimo que produce la paciencia, del que dice el Apóstol:

Y no solo esto, sino que también nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce la paciencia, y la paciencia la esperanza. Y la esperanza no defrauda, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones (Rom 5,3-5). Y ahora, pues, todos los que lleváis el hábito monástico, os ruego que contempléis conmigo los ejemplos de estos varones, y que al fin alguna vez os deis al silencio. De este buen silencio dice Isaías: En el silencio estará vuestra esperanza (Is 30,15); y Jeremías: Bueno es esperar en silencio al Señor (Lam 3,26); y también: Bueno es para el hombre haber llevado el yugo desde su juventud; se sentará solitario y callará, porque se elevó sobre sí mismo (Lam 3,27-28). Asimismo David proclama de él diciendo: Dije: Guardaré mis caminos para no pecar con mi lengua. He puesto guarda a mi boca (Sal 39,2), y lo demás; y el apóstol Pablo: A los tales les mandamos y exhortamos en el Señor Jesús que, trabajando en silencio, coman su propio pan (2 Tes 3,12). Hemos dicho esto de los antiguos profetas, para que nadie piense que este silencio se inventó en los tiempos modernos, como afirman algunos que sospechan mal. A estos los imitaron también los Padres del Nuevo Testamento, Pablo, Antonio, Hilarión, Juan, y por último el beatísimo padre Benito, y otros muchísimos que no enumeramos por su nombre para no causar hastío a algunos: cuyo silencio, si alguien quiere investigarlo con empeño, podrá hallarlo abundantemente en su catálogo. Así pues, para que nadie nos objete la quietud de la soledad en que vivieron, dejando

a estos, vuélvase nuestra pluma por entero a la enseñanza de los evangelistas y tome principio de las obras del Señor Jesús.

13

El primer testimonio lo tenemos en Mateo: Jesús, dice, mandó a sus discípulos subir a la barca e ir delante de él a la otra orilla, mientras despedía a las multitudes. Y, despedida la multitud, subió solo al monte a orar (Mt 14,22-23). El segundo, en Marcos: Jesús obligó a sus discípulos a subir a la barca para que fueran delante de él a la otra orilla, a Betsaida, mientras él despedía al pueblo; y cuando los hubo despedido, se fue al monte a orar (Mc 6,45-46). El tercero, en Lucas, dice así: Sucedió en aquellos días que Jesús salió al monte solo a orar, y pasó la noche en oración a Dios (Lc 6,12). Y también en el mismo: Velad, pues, orando en todo tiempo, para que seáis tenidos por dignos de escapar de todas estas cosas que han de venir y de estar en pie delante del Hijo del hombre. Durante el día enseñaba en el templo, pero de noche salía y se quedaba en el monte llamado de los Olivos (Lc 21,36-37). El cuarto testimonio, en Juan, se expresa de este modo: Jesús se fue al monte de los Olivos, y al amanecer volvió de nuevo al templo (Jn 8,1-2). Porque si el Verbo de Dios y Creador de la carne, mientras convivía con los hombres y predicaba el Evangelio de la vida, guardó silencio por un tiempo, más fácilmente podéis comprender lo que nosotros debemos hacer; puesto que la muerte y la vida están en poder de la lengua (Prov 18,21), y la Escritura dice: En

el mucho hablar no escaparás del pecado (Prov 10,19), y: El hombre lenguaraz no se mantendrá firme sobre la tierra (Sal 140,12). Porque si los mencionados hermanos, cuando eran golpeados y llevados atados, no consintieron que su silencio se rompiera con una palabra, imitando a aquel de quien está escrito: Como oveja fue llevado al matadero, y como cordero sin voz ante el que lo trasquila, así no abrió su boca (Is 53,7), ¿qué dirán estos otros, que no sufren violencia alguna ni son forzados por nadie, sino que por su propia voluntad traspasan las leyes de la Regla, cuando sean puestos juntos ante el juicio y la causa de unos y otros sea examinada en presencia de Dios y de los ángeles? De este examen clama terriblemente la santa Iglesia por boca del bienaventurado Job, diciendo: Renuevas tus testigos contra mí (Job 10,17). Porque el castigo cae siempre con mayor gravedad sobre aquellos que son convictos por testigos. Y caen bajo la maldición de la ley los que conocen lo que es de la ley y no temen apartarse temerariamente de sus mandamientos. De ellos dice el Salmista: Malditos los que se apartan de tus mandamientos (Sal 119,21).

14

Había, pues, en nuestra comunidad dos hermanos, cuyos nombres no quiero entretejer en esta obra, que por su gravísima enfermedad se habían acostumbrado a rogarle con frecuencia que mandara aplicarles los remedios de la medicina, dando por segura su curación. Él, no pudiendo soportar su importunidad, condescen-

dió con su voluntad y les dio licencia para la medicina que pedían; pero antes los llamó y, a modo de semejanza, les dijo este ejemplo. «Vi una vez a un hermano atormentado por una llaga semejante a la vuestra, que murió antes de recobrar su antigua salud.» Pero ellos, sin sospechar nada respecto de sí mismos, se procuraron un médico; y tras continuos tormentos nunca recobraron la salud. Sé también de otro hermano que, en el tiempo de su conversión, mientras se esforzaba por lavar con lágrimas las manchas de sus pecados pasados, dejó los demás estudios y se afanaba sin cesar, noche y día, en la oración, la compunción y el llanto. Y como el expertísimo padre le preguntara por qué no estaba dispuesto con los demás para enseñar o aprender, le dijo la verdad y le descubrió abiertamente los secretos de su corazón, y le suplicó que le diera licencia para llevar esto a cabo, sabiendo con certeza, según lo dispuesto por la Regla, que lo que el monje hace sin permiso del padre espiritual se imputa a presunción y vanagloria, no a mérito. Nuestro padre le dijo: «Resta que este Espíritu se aparte de ti por un tiempo o más, pues tu mente está siendo herida por los aguijones de la vanagloria.» Al punto aquel hermano perdió la compunción dicha, y apenas al cabo de medio año, a fuerza de suplicar a nuestro padre, mereció recobrarla. Porque sus palabras estaban llenas de un admirable peso de gravedad, ya que el santo varón, lleno del Espíritu Santo, no sabía hablar en vano.

15

En estos días pasados, delante de nuestros hermanos y de otros que estaban con nosotros, refirió don Juan, obispo de la Iglesia de Nola, que hacía tres años había ido dos veces a Roma y, por la oposición de sus enemigos, no había podido recibir la bendición de dicho episcopado. Entretanto don Odón iba al monte Gargano a orar. Y al verlo triste, le preguntó qué tenía. Cuando él le hubo referido todo lo que le pasaba, y que, como desesperado de recibir la orden episcopal, le daba vergüenza volver a Roma por tercera vez, lo bendijo y le dijo: «Ve otra vez seguro, y sabe que Dios ha cumplido tu deseo»; luego lo despidió. Él, recibida la bendición, se fue, y en el espacio de quince días le llegó, como nuestro padre había predicho. Por eso afirmamos sin vacilar que este varón tuvo verdaderamente espíritu de profecía, pues sus palabras fueron confirmadas con tanta autoridad.

16

Quiero que recordéis, hermanos, lo que el año pasado os contó dos y tres veces acerca de nuestro padre aquel peregrino que decía ser de la casa de nuestro padre y se apresuraba a subir a Jerusalén. Decía que en los años en que la gente de los normandos devastaba las tierras de Turena, sucedió un día que dichos normandos capturaron a un sobrino de don Odón, aún no renacido en la fuente del bautismo, junto con su nodriza. El mencionado padre estaba entonces en Tours. Cuando se lo anunciaron allí, se entregó al punto a la oración, y oró al Señor hasta que supo que el niño había sido

liberado. No es que se doliera más por él que por los demás cautivos, sino que padecía gravísima angustia por su alma, temiendo que por algún accidente el niño, sin el lavatorio de la fuente, fuera entregado con su alma al infierno. Pero entre otras cosas no deben pasarse por alto las que contaba la nodriza del niño. El lugar, decía, al que habían sido llevados los cautivos estaba al otro lado de un río tan profundo que nadie podía atravesarlo sino en barca o a nado. Distaba de Tours ocho días de camino. Y ya se desvanecía la esperanza de volver a ver al niño. Estando, pues, la mujer en este mismo peligro, de pronto fue inspirada por el soplo de Dios para tomar al niño e irse; y así lo hizo. Pues pasó tan segura por en medio de las tropas enemigas que no solo nadie la detuvo, sino que ni siquiera le preguntaron nada. Atravesó la profundidad de tan gran río con las piernas secas, y recorrió en tres días la distancia de tan largo camino, sin hambre, ni sed, ni cansancio, hasta llegar a Tours. De quién era el mérito de este hecho quedó en seguida claro, porque, en cuanto el niño fue llevado a nuestro padre, lo hizo bañar en el santo bautismo. Luego, alzando los ojos al cielo, oró para que muriera, y a los tres días el niño devolvió su espíritu al cielo. El padre del niño se hizo monje. Lo que sigue lo refirió el mismo bienaventurado padre, no como cosas hechas por él o en su favor, sino que contaba de qué peligros lo había librado el Señor.

17

Una vez, mientras atravesaba en barca el cauce del Ródano acompañado por los nobles de aquella región, sucedió que, queriendo un caballo dar una coz a otro, una tabla de la nave recibió el golpe, precisamente en el lugar de donde se había cortado una rama al desbastarla. En cuanto saltó el nudo, entró por aquel agujero tal inundación de agua que la nave se llenó de pronto hasta el borde. Aun así, llena como estaba, gobernándola Dios, llegó a la otra orilla. Y el padre Odón permaneció dentro hasta que todos hubieron salido. Cuando por último salió él, la nave se fue a pique. En esto se ve con toda claridad de qué mérito era este varón, que pudo alcanzar con sus oraciones lo que antes merecieron Pedro y Pablo, y después nuestro padre Benito.

18

Por el mismo tiempo le tocó venir a Roma a orar; pero no mucho después, cuando volvía a su tierra, entre los Alpes de los Burdones su camino quedó atajado y cerrado por la inmensidad de la nieve, de la que aquel monte no puede carecer en ningún tiempo. Junto a aquel lugar habita cierta clase de hombres que se llaman Marrones, y creo que ese nombre tomó su origen de la provincia de Marronea. Estos, recibida su paga, le sirvieron de guías, como suelen hacer también con otros, porque de otro modo nadie puede atravesar en invierno esos montes. Porque antes que el sol cerrara el término de su luz, lo que quedaba del día se convirtió en tinieblas por la abundancia de la nieve. Pero cuando avanzaban para dejar

atrás aquel lugar horrible y peligroso, de pronto el caballo en que iba montado nuestro padre puso mal la pata, y ambos a la vez se precipitaban al abismo. Entonces el padre Odón, soltando las riendas, alzó al cielo ambas manos mientras caía, y al punto halló entre sus brazos la rama de un árbol, y de ella estuvo colgado hasta que los que iban delante, vueltos a sus gritos, lo recogieron. Pero aquella rama no volvió a verse, porque allí nunca se ve árbol alguno ni nace ninguno; y el caballo no apareció nunca más en ninguna parte.

19

En verdad, como ardía en un amor impaciente por la paz de los reyes y príncipes y por la reforma de los monasterios, y por eso iba de un lado a otro, a menudo los ladrones le tendieron emboscadas. Un día se levantaron contra él cuarenta ladrones. Y como uno de ellos, más señalado que los demás, llamado Aimón, lo viera a él y a los hermanos que lo acompañaban salmodiar sin cesar y hacer el camino salmodiando, compungido al instante en su corazón dijo a sus compañeros: «Nunca recuerdo haber visto hombres semejantes, ni creo que se hayan visto en parte alguna; apartémonos, pues, de ellos. Hay además con ellos un escudero, hombre valiente, y por eso no podemos hacerles daño sin peligro nuestro.» Ellos le respondieron: «Levantemos a ese escudero en la punta de nuestras lanzas, y a los demás, después de despojarlos, dejémoslos ir.» A esto respondió él: «Volved primero las armas contra mí; de otro modo, mientras yo viva, nada tenéis que hacerles.» Y así se sepa-

raron unos de otros y volvieron a lo suyo. El ladrón de quien hablamos se fue tras nuestro padre, hizo penitencia de su culpa y desde entonces dejó la maldad del bandidaje. Y no creemos que esto sucediera sin motivo. Porque el Espíritu al que se había adherido lo había colmado de tanta gracia, que su alegría no solo regocijaba a los alegres, sino que devolvía a los tristes la verdadera alegría y los hacía partícipes del júbilo perenne. Porque su lengua, como canta la Escritura, era árbol de vida y lengua apacible y dulzura de miel; sus labios, panal que destila, y la ley de la prudencia en sus palabras (Prov 15,4; Cant 4,11).

20

Un día, yendo de camino cerca de los confines de unos salteadores, un joven ladrón, al ver la afabilidad de su rostro, compungido al instante en su corazón, se postró a sus pies y le suplicaba con voz humilde que se compadeciera de él. Cuando le preguntó qué quería, le suplicaba que lo socorriera con la misericordia de la vida monástica. Luego nuestro padre le preguntó si alguien de aquella parroquia lo conocía. «Todos», respondió él. «Vete hoy —le dijo—, y mañana, cuando vengas a mí, trae contigo a uno de los principales de aquel lugar.» Oído esto, se fue, e hizo como le había mandado. Al día siguiente, cuando ambos se presentaron ante él, el padre Odón comenzó a interrogar a aquel magnate sobre la vida y costumbres del ladrón. Y él dijo: «Este joven, padre, es un ladrón famosísimo.» Al oír esto, el discreto padre dijo al ladrón: «Ve y corrige primero tus

costumbres, y después aspira a hacerte discípulo en el monasterio.» Pero él dijo: «Si hoy me rechazas, me voy a la perdición, y Dios te pedirá cuentas de mi alma.» Entonces el piadoso padre, movido a misericordia, le mandó que se pusiera en camino y lo precediera al monasterio; y así se hizo. Pasado algún tiempo viviendo bajo la prueba de la Regla, fue al fin hecho monje, y lo pusieron bajo la obediencia del hermano cillerero. Y como era iletrado, le impusieron ambas cosas, el yugo de la obediencia y el estudio de las letras; y lo cumplía con tanta devoción que tendía una mano a la obediencia y en la otra llevaba el salterio, imitando a aquel pueblo de Israel que, cuando reedificaba Jerusalén, con una mano sostenía la espada para rechazar a los enemigos y la otra la aplicaba al trabajo de su oficio. Y así este hermano, llevando esta vida, al cabo de poco tiempo recibió el fin de la vida de su destierro. Pues, cuando estaba en las últimas, llamó al piadoso padre, suplicándole hablar con él a solas. Como le pidiera perdón, le preguntó si había faltado en algo después de hacerse monje. Y él: «Ya que me lo preguntas, por mi culpa di nuestra túnica a un hombre desnudo, y tomé de la cillería una soga tejida de pelo.» Cuando le preguntó qué había hecho con ella, dijo: «Para refrenar la glotonería que antes adquirí para mi mal, me ceñí con ella el vientre.» El piadoso padre quedó pasmado ante este hecho. Y cuando quiso desatársela de las entrañas, la piel que se le había pegado salió con ella junto con el pus. Y añadió diciendo: «Esta noche, padre, fui elevado al cielo en una visión. Me salió

al encuentro una mujer de gloriosísima presencia y de excelentísimo poder, y acercándose me dijo: "¿Me conoces?" Y yo: "De ningún modo, señora." Y ella dijo: "Yo soy la madre de misericordia." Y yo le dije: "¿Qué me mandas hacer, señora?" Y ella: "Dentro de tres días vendrás aquí a tal hora."» Y así sucedió. Al tercer día, a la hora que ella había dicho, murió. Con ello quedó patente que era verdad lo que había visto, pues partió de este mundo a la hora que ella había predicho. Y desde entonces nuestro padre tuvo la costumbre de llamar a la bienaventurada María madre de misericordia.

21

Por el mismo tiempo, por exigirlo la necesidad de nuestro monasterio, fui enviado a Nápoles. Preparado al fin todo lo que la necesidad pedía, me tocó volver a Roma por mar; y cuando arribé a la ciudad de Porto, me recibieron unos nobles que también habían venido de Roma la víspera. Cuando les pregunté por nuestro padre, alegrándose en cierto modo como por un amigo recién hallado, me contaron que, entre otras obras suyas, en aquel tiempo, estando yo ausente, había hecho estas. Este pasado mes de agosto, el mismo día de la Asunción de la bienaventurada María, nuestro padre estaba en el monasterio del Aventino. El abad don Balduino le rogó que aquel día, por amor a santa María, celebrara allí la misa y les diera con sus propias manos la comunión del cuerpo y la sangre del Señor. Él respondió que no podía hacerlo; pero, como ellos insistían, al fin consintió de mala gana. Luego entró en la

iglesia, y después de orar un poco, comenzó a salir de ella. Y como quisieran retenerlo, dijo: «Os lo ruego, dejadme ir, porque dos hermanos nuestros están en el trance de la muerte, y necesito ir a ellos sin tardanza, no sea que mueran estando yo ausente.» Luego añadió: «Mirad, ante la puerta del monasterio está el que me obliga a ir.» Aún no había acabado de hablar cuando llegó el mensajero, como había predicho; y cuando llegó a San Pablo, fue en seguida y celebró la misa por el hermano Benito, y le dio como viático el cuerpo y la sangre del Señor; y así dicho hermano entregó su espíritu al Señor. El otro se llamaba Gisleberto, primo mío, y lo siguió al octavo día. Volvamos ahora, como en un círculo, a los tiempos pasados, y recorramos un poco ejemplos mayores.

22

Hace tres años, cuando estábamos en San Pablo de Roma, el abad don Balduino le rogó que le corrigiera el libro que, en forma de diálogo, compusieron Galo y Postumiano sobre la vida del beatísimo obispo Martín, y que lo aclarara con breves glosas. Él accedió en seguida a su deseo y, llamando al hermano Otegario, se aplicó a corregirlo. Sucedió, mientras se hacía esto, que tocaron la señal de la hora de vísperas: en seguida, según el precepto de la Regla, dejaron lo que tenían entre manos y entraron en la iglesia, y dejaron el códice abierto donde habían estado sentados; y, ocupados en las oraciones de vísperas, se olvidaron del códice. Era tiempo de invierno. Aquella misma noche cayó tal inundación de agua que

llenó todas las dependencias de nuestro monasterio. Aquel lugar donde se había dejado el libro está situado de tal modo que el agua que se desliza por su propio tejado y por otros tres tejados que quedan debajo del superior, recogida en cierto modo en un solo cauce, cae a manera de torrente en aquel único lugar; y allí permaneció el libro abierto hasta la mañana, mientras caían en torno a él tantas inundaciones de agua. Los márgenes del libro quedaron lavados por todas partes, pero la escritura permaneció intacta. Llegada la mañana, se puso el libro delante de los hermanos. Y como todos nos maravillábamos atónitos, dijo el prudente padre: «¿De qué os admiráis, hermanos? Sabed que el agua temió tocar la Vida del bienaventurado Martín.» Y lo decía con cierta alegría. A esto, uno de nuestros hermanos, que era algo pronto para hablar, tomó el códice y añadió: «Mirad y ved que este códice es viejo, carcomido por la polilla, lavado antaño por las aguas y tan humedecido que ya está deslucido de manchas pálidas. ¡Mirad las señales! ¿Y dice nuestro padre que el agua temió ahora tocar un libro que hace tiempo lavó? Una cosa no cuadra con la otra.» Entonces el modesto padre dijo: «Calla, no digas eso. Porque no hay nadie semejante a Martín que pueda tener alabanza entre todas las naciones.» Así convertía en alabanza de Martín lo que el Señor había hecho por él.

23

Por aquel tiempo el nombre de nuestro padre comenzó a brillar a lo largo y a lo ancho

como un astro clarísimo. Se hizo conocido de los reyes, familiarísimo de los obispos, querido de los magnates. Todos los monasterios que se habían construido en sus territorios los ponían bajo la autoridad de nuestro padre, para que los reformara y ordenara según nuestra costumbre. Entretanto llegó a cierto monasterio, llevando consigo unos pocos hermanos en su compañía, de los cuales conocimos a uno, llamado Adolfo; también él partió hacia el Señor hace dos años. Acabada aquella semana, al atardecer del sábado, cuando nuestros hermanos habían comenzado a preparar el lavatorio de los pies según la costumbre de la Regla, sucedió que uno de aquellos monjes pasó por el mismo lugar donde se preparaba esto. Y al ver a dicho hermano nuestro lavar sus zapatos según nuestra costumbre, movido de ira, rompió el silencio y comenzó a decir: «Dime, ¿en qué lugar mandó san Benito a los monjes lavar sus zapatos?» Él, según nuestra costumbre, le hizo una señal para que callara, porque la hora no era a propósito. Pues no recordaba lo que dice la Sabiduría por boca de Salomón: El que instruye al burlón se hace injuria a sí mismo (Prov 9,7); y también: No lo reprendas, no sea que te aborrezca (Prov 9,8). Viendo, pues, que no le había respondido, se enfureció violentamente y, encendido en rabioso fuego, comenzó a vomitar estas palabras: «Tú, que solías recorrer las provincias del mundo comerciando, ahora has venido a predicarnos la Regla y a corregir la vida de los que son mejores que tú. Jurando y perjurando, solías arrebatar como un gavilán los bienes de los hombres,

y ahora pretendes desvergonzadamente que te tengamos por santo, como si no conociéramos tus andanzas. Dios no me hizo serpiente para que tenga que silbar a tu manera, ni buey para que tenga que mugir; me hizo hombre y me dio lengua para hablar.» Como no cesaba de ladrar estas y otras cosas semejantes, el mencionado hermano se apartó de él a paso rápido. Al día siguiente, cuando todo esto se refirió en el capítulo, aquel desdichado no solo no pidió perdón, sino que respondió que había hecho bien, añadiendo además que no era propio de semejante persona reprender a quien valía más que él. Entonces nuestro padre, indignado por su soberbia, dijo conmovido: «Hoy es el día del Señor, y por eso nadie debe ser entristecido. Aplácese, pues, esta causa hasta mañana.» Así se hizo, y poco después todos se levantaron del capítulo. Pero él quedó de repente mudo, y a los tres días murió sin absolución de sus palabras. ¡Mirad cuán grande es el veneno de la arrogancia! Con su filo hallamos herida hasta ahora la vida de muchos monjes; porque, mientras creen saber lo que no saben, se vuelven necios en sus razonamientos, según el Apóstol, pues dice la Escritura: «El que no quiere ser discípulo de la verdad será maestro del error.» De ellos habla también el Señor por boca de Amós: Se volvieron para estar sin yugo, y se hicieron arco engañoso (Os 7,16). Sin duda llevan su imagen quienes se empeñan en ser llamados maestros antes de hacerse discípulos, y ansían subir a la cumbre del gobierno antes de que se sepa que han estado sujetos. En efecto, siendo

aún bisoños, usurpan el premio del vencedor, y no temen empuñar con mano inexperta las armas del soldado más valiente, descuidando lo que dice la Escritura: «El que no está sujeto según la regla no debe gobernar a los que viven bajo la regla.» Pero, como no quieren vivir conforme a la ley, no temen apartar del precepto de la ley el rostro de su corazón. De ellos habla el Señor por el profeta: Me volvieron la espalda, y no el rostro (Jer 2,27). Pues también Nicodemo, maestro de la ley, vino a Jesús de noche, porque quiso primero ser instruido para poder después enseñar a otros. El mal de esta enfermedad es doble: uno, que con presunción oculta, como so pretexto de santidad, incita a su autor a escalar la cumbre del magisterio; otro, que él, arruinado, busca instruir a otros según la secta de su error, y (cosa que no podemos confesar sin dolor) precipitándose ellos mismos, se empeñan en arrastrar tras de sí al precipicio a algunos que estaban firmes; de los cuales dice el Señor en el Evangelio: Son ciegos que guían a ciegos. Y si un ciego guía a otro ciego, ambos caen en el hoyo (Mt 15,14). Su reunión más bien se llama taberna que comunidad, porque allí cada uno hace lo que le place y no hace lo que no le place. De los tales se dice por boca de Salomón: Montón de estopa es la asamblea de los pecadores (Eclo 21,9). A esta clase de monjes el bienaventurado Benito la llama la más detestable. Dice que su modo de vida es miserabilísimo, y tan lamentable que juzga mejor callar sobre él que decir algo. Así pues, dejando esto, volvamos a la queja de aquel monje y veamos qué manda el bienaventurado

Benito sobre los bienes del monasterio. «Todos los utensilios del monasterio —dice— y todos sus bienes mírenlos como vasos sagrados del altar.» Y también: «Si alguno trata los bienes del monasterio con suciedad o negligencia, sea corregido.» ¿Pues qué otra cosa son el calzado o los vestidos de los hermanos sino bienes del monasterio? Porque si en otro lugar él mismo manda a los semaneros que devuelvan al cillerero limpios e intactos los utensilios de su servicio, que son de barro y de poco valor, y destinados a los oficios de la cocina, ¿qué habrá que pensar del calzado, que es caro por su precio y ha de pisar el pavimento de la iglesia? Pero así como parece culpa grave que los monjes se ocupen con afán de lo ajeno, así es mucho más grave descuidar lo propio. Porque si se reprende al rico porque cada día banqueteaba espléndidamente, sin duda es gravemente reprensible el siervo de Dios que ansía cada día estrenar algo, puesto que en el sexto grado de humildad manda el bienaventurado Benito que el monje se contente con todo lo más vil y lo último. Por eso, en efecto, el negligente no quiere lavar su calzado: para arrojarlo a algún rincón y que se pudra con la palidez del barro, y al fin no sirva de nada ni a él ni a los pobres, siendo así que el mencionado padre manda que todo lo viejo se dé a los pobres. Y decimos esto, no para que anden desaliñados o relucientes a la manera de los hipócritas, sino para que usen todos sus vestidos limpios y lavados, como dice cierto sabio:

Tú que ansías ser bueno y buscas una vida honesta, / ama la limpieza del cuerpo y del alma.

Porque los preceptos de los Padres son linderos para los que los siguen. De ellos habla el Señor por Moisés: Maldito todo el que traspase los linderos de su prójimo (Dt 27,17). Y como este monje no temió traspasar este lindero del precepto, con razón recibió la sentencia de la maldición en aquello mismo en que había prevaricado. Y esto es lo que confiesa aquel rico de quien se dice que fue sepultado en el infierno: que arde más en la lengua que en los demás miembros. De ahí aquello que dice cierto sabio: Por donde uno peca, por ahí es atormentado (Sab 11,16). De esto dice también el apóstol Santiago: La lengua, dice, es fuego, un mundo de iniquidad; la lengua está puesta entre los miembros, mancha todo el cuerpo e inflama la rueda de nuestro nacimiento. La lengua es un mal turbulento, llena de veneno mortífero (Sant 3,6; 3,8). Y de ella dice el salmista: Destruirá el Señor todos los labios engañosos y la lengua jactanciosa (Sal 12,4). Asimismo por Ezequiel: Haré que tu lengua se pegue a tu paladar, y quedarás mudo (Ez 3,26). ¡Y ojalá quede mudo de lengua y no separado de la comunión de los fieles! ¿Qué es, pregunto, la excomunión, sino la separación de los buenos? Porque entre sus demás preceptos, el bienaventurado Benito ató bajo excomunión lo que dijo sobre el silencio, y no lo dejó al arbitrio de ningún superior. Por eso, quien haya llegado a las cumbres de la vida monástica, considere lo que hace y manténgase lejos de esa excomunión. Guarde siempre en el corazón lo que sucedió a aquellas dos vírgenes que tuvieron en poco el precepto del bienaventurado Benito, de

las que hace mención el bienaventurado Gregorio en sus Diálogos. Pero ya nos hemos detenido bastante en esto; pasemos ahora a otras cosas.

LIBRO TERCERO

1

Por aquel mismo tiempo, mientras nuestro padre nos instruía en las disciplinas de la Regla, se había acostumbrado a contarnos con diligente narración el miserable fin (no digo la muerte) de muchos monjes, para reprimir en nosotros los ímpetus juveniles y, como pastor, conducirnos como bajo la vara del temor a los gozos del Elíseo. Un día, mientras nos exponía tales cosas, yo, rindiéndome a su paternidad, comencé a rogarle que nos dijera si la orden monástica se había derrumbado solo dentro de los confines de Italia o si había decaído de igual modo en los confines de Europa, y cómo, de qué manera o cuándo había sucedido esto. Entonces él, tomando la palabra, comenzó a exponernos esto: «Hace años, cuando aún subsistía una comunidad monástica en la iglesia del bienaventurado Martín de Tours, comenzaron a abandonar su norma de vida y sus costumbres y a corromper su vida y su propósito con sus propias voluntades. Dejando los vestidos sin teñir a que estaban acostumbrados, comenzaron a llevar cogullas y túnicas teñidas, holgadas y adornadas con paños preciosos. El calzado que usaban era tan coloreado y lustroso que parecía tomar el brillo del vidrio. Para los laudes nocturnos, por no tropezar con el pie en alguna cosa,

se levantaban con la luz del día. Estas y muchas otras cosas semejantes hacían contra las leyes de la Regla. Cuando Dios hubo decidido poner fin a estas cosas, una noche, mientras todos descansaban y uno de ellos pasaba aquella hora en vela, vio entrar en el dormitorio a dos varones, uno de ellos con una espada en la mano, al cual el otro, señalando con el dedo, mandaba herirlos uno por uno con estas palabras: "Hiere a este, y a este." Y cuando quiso arremeter con la espada contra el que estaba mirando esto, este alzó la voz y lo conjuró diciendo: "Te conjuro por el Dios vivo que no me mates." Al punto el que hería retiró la espada, y él solo escapó de todos.»

2

De nuevo le pregunté qué culpa había en un monje que, con mente pura, usara cualquier vestido. A esto me opuso en seguida este ejemplo: «En el tiempo en que la espada de los normandos hacía estragos en nuestras tierras, muchos de nuestra orden, hallando pretexto en los enemigos, comenzaron a abandonar sus propios monasterios y a buscar de nuevo todo lo que agrada al uso humano, a lo que antes habían renunciado. En lugar de la compañía de los hermanos frecuentaban a parientes y amigos, y en lugar de los bienes del monasterio ansiaban enriquecerse con bienes propios. Gastados al fin los vestidos con que habían salido del monasterio, no volvían a ponerse otros semejantes, sino de color, de los que vulgarmente llamamos azules. Por este tiempo, cierto hermano, apartándose de esta peste,

acudió a nuestro monasterio, suplicando que lo recibiéramos. Accedimos a su deseo, y en seguida renunció a todo lo que había adquirido y lo cedió al monasterio. Cuando los hermanos le ordenaron que fuera a recogerlo todo y lo trajera al monasterio, respondió: "Por lo que a mí toca —dijo —, lo que hasta ahora he tenido está bajo vuestra potestad, y en vuestro poder está reclamarlo o dejarlo. Por eso no saldré solo del monasterio; mandad más bien a uno de los hermanos, al que os plazca, que vaya a reclamarlo. Yo, sin embargo, obedeciendo a vuestra voluntad, iré con él y obedeceré sus órdenes lo mejor que sepa. Pero, ya me quede aquí, ya vaya allá, de ahora en adelante estaré desnudo de todas las cosas." Y en efecto, como los hermanos persistieron en su parecer, se fue con el hermano a quien habían impuesto esta obediencia. Y sucedió que, cuando llegaron al lugar donde antes había vivido dicho hermano, fue presa de una enfermedad repentina, y allí murió. Estando él en las últimas, el hermano que había ido con él, cuanto más cerca lo veía de la muerte, con tanto mayor instancia derramaba ante Dios súplicas por su alma. Y así sucedió que ambos vieron esta visión: había un trono colocado en lo alto, sobre el cual se veía sentado a san Benito, y ante su presencia estaba un ejército incalculable de monjes. La subida de aquel trono parecía estar cubierta de paños preciosos, y en su grada más baja yacía aquel hermano enfermo, como pidiendo perdón. A derecha e izquierda estaba sentado aquel ejército de monjes; y entre unos y otros quedaba un camino libre, abierto a los que subían. Y

como aquel hermano llevaba largo rato postrado, se acercó al bienaventurado Benito uno de los presentes, intercediendo por él y diciendo que era justo levantarlo a su presencia para que dijera lo que quería. Él pareció responderle que veía a un hombre, pero no reconocía el hábito, y que por eso no debía ni examinar la causa ni juzgar la vida de un hombre de otra orden. Al oír esto, el hermano de nuestra orden se despojó y vistió con sus vestidos al hermano enfermo, y en la misma visión lo obligó a pedir perdón de nuevo. Hecho esto, vino de lo alto una voz que le mandó levantarse y subir. Entonces nuestro hermano, despertando del sueño, cumplió en seguida con obras lo que creyó hacer en sueños; y, como ya seguro del alma de su hermano, protegió su tránsito con la oración como pudo y lo fortaleció con la sagrada comunión. Considera, pues, hijo, la sentencia del apóstol que dice: La fe sin obras está muerta (Sant 2,26); y como está escrito en otro lugar: El que dice que conoce a Cristo debe andar él también como él anduvo (1 Jn 2,4; 2,6). Del mismo modo, el que profesa ser monje debe imitar al padre Benito con las obras y con la mente, porque está escrito: No son justos ante Dios los oidores de la ley, sino los cumplidores (Rom 2,13). Porque no le basta al monje la sola pureza de la mente si faltan los indicios o señales de las demás obras; de lo cual dice el Señor: Brille vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos (Mt 5,16). De esto trata más ampliamente el bienaventurado Gregorio en la primera parte de

su Ezequiel, y de sus homilías aduciremos un testimonio. "Así como de dos modos se aparta uno de Dios, así de dos modos se hacen los hombres apóstatas de Dios. Pues cada uno se aparta de su Creador o por la fe o por las obras. Así pues, como el que se aparta de la fe es apóstata, así el que vuelve a la misma obra que había abandonado es tenido sin duda alguna por apóstata ante Dios todopoderoso, aunque parezca conservar la fe. Lo uno sin lo otro no puede aprovechar, porque ni la fe sin obras ni las obras sin fe ayudan." Que nadie, pues, se espante de lo que hemos dicho: que dicho hermano no pudo recibir el perdón ni mereció subir antes de que se hubiera hecho en él el cambio de vestidos. Pues nadie duda que está mandado en la Ley cuáles y de qué clase habían de ser los vestidos de los hijos de Leví, sin los cuales no se atrevían a entrar en el santuario. ¿Quién se atrevería a decir que usaban el pectoral en lugar del humeral, o que se vestían el efod de lino en lugar de la túnica de biso? Pues cada una tiene su color, su labor y su variedad. Pues también a Josué, el sumo sacerdote, se le opuso el diablo hasta que el ángel lo vistió con otros vestidos; y David, cuando quiso alzarse contra el pueblo de los amalecitas, consultó dos veces a Dios y no recibió respuesta que le mandara ir; la tercera vez se vistió el efod, y al punto oyó la voz de quien le daba la orden.»

3

Así dijo, y después añadió: «¿Quieres que te muestre con otras pruebas qué cosa tan pequeña es la que deshonra y corrompe mucho?» Como

le respondí que sí lo quería con todo mi deseo, y me veía arder por sus testimonios, me expuso ejemplos de ello en breve relato.

«En estos días dos hermanos fueron arrebatados por una muerte rapidísima como esta, aunque no en un mismo lugar ni en un mismo día. Uno de ellos, llegando a casa de una hermana suya, dijo que tenía muchísima hambre y pidió de comer; su hermana le respondió en seguida que tenía pescado en abundancia para que comiera, del que quisiera y a la hora que quisiera. Pero él, como indignado, respondió que estaba harto de pescado, añadiendo que lo había comido sin interrupción durante tantos años, y dijo que ya no podía ni verlo. Su hermana le respondió: "Mira, tenemos carne a mano; come, pues, lo que te plazca." Entonces mandó que le asaran la paletilla de algún animal; pero, no soportando la tardanza del asado, cortó un pedacito y lo echó a las brasas. Luego mandó que le trajeran vino y tomó con avidez un bocado de la carne; pero lo que tomó no le pasó de la garganta, ni pudo devolverlo, y perdió la vida con la comida.

4

»El otro, llegando al amanecer a casa de un pariente suyo, preguntó en seguida si tenían algo que darle de comer. Como le respondieran que aún no era hora de comer, añadió con indignación: "¡Ay! Toda la noche he trabajado cabalgando por la obediencia que se me impuso, y no he callado, ¿y ahora me obligáis a ayunar? Traedme, pues, algo, si lo tenéis." Cuando le

dijeron que tenían pescado, se indignó más aún y, lleno de altanera arrogancia, comenzó a pasear la mirada de un lado a otro. Andaba alrededor de sus pies una bandada de cornejas, que nosotros llamamos gallinas. Entonces, como enfurecido, agarró un palo, golpeó a la que le plugo y dijo con boca furiosa: "Esta será hoy mi pescado." Los demás que estaban alrededor, con cierto sonrojo, comenzaron a decirle: "¿Acaso te es lícito comer carne, padre?" Pero él dijo: "El ave no es carne, porque las aves y los peces tienen un mismo origen y una creación igual, como dice nuestro himno." Ante sus palabras todos callaron. Entretanto le pusieron delante, ya asada, la gallina que había matado, de la que arrancó un bocado y lo mordió. Aquel bocado no pudo ni escupirlo ni tragarlo, y lo privó de la vida; pero antes de morir recibió puñetazos y pescozones como paga de su desvergüenza, para su oprobio. Y si tu ánimo se conmueve ante la muerte de estos dos hermanos, ahora te mostramos con un ejemplo, del mismo modo que antes respecto del uno, que fueron dignos de la muerte en que se vieron enredados. Por unos pocos granos de lenteja perdió Esaú la primogenitura. Y el pueblo de Israel, mientras se alimentaba con el manjar del maná, se volvió con el corazón a Egipto, codiciando las ollas de carne que poco antes había comido bajo el yugo de una mala servidumbre. De ellos hace mención el apóstol Pablo: No codiciemos cosas malas, como ellos las codiciaron (1 Cor 10,6). Estos dijeron que estaban hartos de pescado; aquellos murmuraron diciendo: Nuestros ojos no ven más que maná

(Nm 11,6). Y esto lo decimos, no para culpar a los alimentos, sino a quienes usan mal de ellos. Por eso dice también Pablo: Y no cuidéis de la carne para satisfacer sus deseos (Rom 13,14). Porque lo que le niega en sus concupiscencias, se lo concede en sus necesidades. Pues los tres jóvenes arrojados al horno de fuego de Babilonia, que habían rehusado los manjares del rey, salieron ilesos de tan gran fuego. Ese mismo fuego abrasó y mató a cuantos caldeos encontró. Así también Nebuzaradán, jefe de los cocineros, destruyó los muros de Jerusalén. Que a nadie, pues, le inquiete que Elías, en tiempo de hambre, fuera alimentado con carne mañana y tarde; sino que quien se fija en la comida considere a quién la servía. Porque los demonios toman a menudo la figura de estas aves. Tal comida era propia del ministerio de los cuervos, y la hartura que de ella tenía tarde y mañana le valió el hambre. Pero cuando comió pan, tuvo a un ángel que se lo trajo, y quedó tan confortado que durante cuarenta días no necesitó tomar alimento. Todo esto lo hemos dicho para mostrar con más claridad que el vicio no está en la comida, sino en el apetito. Sin embargo, la muerte de estos fue la enmienda de las costumbres de muchos. Así cayó entre nosotros la orden de los monjes; y así fue corregida, y con frecuencia se corrige con muchos prodigios, para que, siendo Dios su autor, persevere.» Pero, habiéndonos propuesto narrar más por extenso la vida y la doctrina de nuestro padre, hemos caído como sin darnos cuenta, y en cierto modo sin quererlo, en los excesos de estos, y por eso nos hemos aparta-

do mucho de nuestro propósito; volvamos a él la pluma sin tardanza.

5

Suelen contar nuestros hermanos, que lo asistieron antes que nosotros, que hubo un hermano de la comunidad de nuestro padre que, en un tiempo permitido, se había aplicado el remedio de la sangría. Por este hecho se conmovió su ánimo, porque, aunque la necesidad lo hubiera obligado, no debió atreverse a ello sin su licencia. Y pronto se le rompió la vena por la que antes había salido la sangre, y no hubo medicina que la restañara hasta que entregó el alma. Añadían además que, ya anunciara a alguien cosas prósperas, ya adversas, de ningún modo podía librarse de ellas; ¡ojalá uno de los nuestros no lo hubiera experimentado en sí mismo! Pero dichosos aquellos que merecieron gozar de su presencia mientras vivió. Desdichado de mí, que ni siquiera dos años cumplidos merecí servirle.

6

Al acercarse el tiempo en que, según la disposición de Dios, habíamos de separarnos de la vista corporal, y su ausencia, que había de llegar, encendía en mi alma un fuego de amor más fuerte, un día, viéndome muy triste, comenzó a consolarme con dulzura, como solía. Pero, al ver que ni aun así podía satisfacer a mi alma desdichada, tomando principio de lo pasado a la manera del patriarca Jacob, comenzó a predecirme con espíritu

profético lo por venir, exponiéndolo así: «Hijo carísimo, escucha lo que te digo. Doy gracias a Dios porque de todos los pecados que cometí desde mi juventud ya he recibido el castigo en esta vida, excepto los que cometí contra mi abad; y siempre esperé aquel día y aquel tiempo, rogando a Dios que no me los reservara para el futuro. Y ahora creo que he sido escuchado, porque lo que hice contra él lo he recibido a mi vez de ti. Pero sabe que a ti no se te devolverá sencillo, sino multiplicado por diez. Sé, pues, fuerte y paciente, para que puedas llevarlo con calma y soportarlo.» Esto dijo llorando; luego, besándome la cabeza, me encomendó al Señor. Pero tú, Señor todopoderoso, ahora que el presbítero Cesario me devuelve a su vez el céntuplo y cosas más graves, perdóname misericordiosamente; y si algo queda de mis tristes males, apártalo, propicio.

7

Por aquel mismo tiempo, el ya mencionado príncipe Alberico nos concedió el monasterio de San Elías llamado Subpentonia, del que hace mención el bienaventurado Gregorio en el libro de los Diálogos. Pero, como dice el mismo bienaventurado Gregorio, es duro para una mente vieja meditar cosas nuevas; y a los monjes que hallamos allí no podíamos apartarlos de comer carne. Nuestro padre puso como prepósito de aquel monasterio a uno de nuestros hermanos, llamado Teodardo. Él, viendo que ni con virtud ni con santidad podía apartarlos de ese vicio, comenzó a comprar pescado en las regiones vecinas, para sa-

tisfacer al menos así su deseo. Por esta causa, los caballos que nuestro padre le había dejado quedaron del todo agotados de ir de un lado a otro. Este hermano procuró dar a conocer con frecuencia a nuestro padre la importunidad de ellos y su propio trabajo. Entretanto, pidiéndolo él al Señor, el mismo valle que el monasterio domina y en el que se asienta se cerró no muy lejos, juntándose entre sí los montículos, y cortó el paso al pequeñísimo torrente que corría por él. Luego, recogida la abundancia de las aguas, formó de sí un lago y quitó el trabajo al hermano, porque ya no le fue necesario comprar pescado. Pero de quién era el mérito de este hecho no lo supieron algunos ignorantes, porque no vieron públicamente cómo se hizo, ya que no oyeron con sus oídos la oración de nuestro padre. Esto es propio de hipócritas, no de fieles: los que dicen tales cosas ignoran lo que canta el salmista: El Señor escuchó el deseo de los pobres; tu oído oyó los deseos de su corazón (Sal 10,17); y también: Hará la voluntad de los que lo temen y escuchará sus oraciones (Sal 145,19). Algo semejante había hecho antes, cuando estaba en Francia, en San Benito; y referimos su razón con tanta mayor seguridad cuanto que tenemos de ello por testigo más fiel al mismo padre. Pero antes hay que referir con palabra fiel cómo se hizo cargo de dicho monasterio, para que nuestra pluma llegue a lo que ha de seguir como en línea recta.

8

Tras el fin de la persecución ya dicha, que tuvo lugar en tierras de la Galia bajo Nortmundo, ferocísimo rey de los normandos, para que el Señor cumpliera a su Iglesia lo que había predicho antaño por Isaías, diciendo: Por un instante, por un poco te abandoné, y con grandes misericordias te reuniré. En un momento de indignación escondí por un poco mi rostro de ti, y con misericordia eterna me compadeceré de ti (Is 54,7-8); los hermanos del monasterio del bienaventurado Benito, que por miedo al enemigo andaban desde hacía tiempo dispersos de un lado a otro, se reunieron de nuevo y recobraron su propio monasterio; pero (cosa que no podemos decir sin dolor), unidos los cuerpos y divididas las almas, no hacían más que ocupar aquel santísimo lugar; lo cual recorremos en pocas palabras, para que nuestra pluma no se detenga en la vida de tales hombres. Lo que nos esforzamos por narrar claramente es cómo el beatísimo padre Odón fue llamado y elegido, más aún, predestinado, por el bienaventurado Benito. Un día, mientras dichos hermanos, sentados dentro del claustro, se roían unos a otros, uno de ellos, que volvía de una obediencia, encontró ante las puertas del monasterio al padre Benito, el cual le mandó en seguida: «Ve —le dijo— y di a estos hermanos que, puesto que no me dejan descansar, he aquí que me retiro de esta casa; y sepan que no volveré a este lugar hasta que traiga aquí, de las tierras de Aquitania, a un varón que sea según mi corazón.» Y como aquel hermano quisiera preguntarle su nombre, respondió a su vacilación: «Yo soy, has

de saber, el hermano Benito.» Dijo, y echó a andar. Aquel hermano anunció, pues, lo que se le había mandado; pero los desdichados, privados de tan gran padre, no acudieron a las lágrimas y a las súplicas, que suelen aplacar muchas veces la misma amenaza del Señor, sino que, montando a caballo, comenzaron a correr de un lado a otro para encontrarlo y, hallado, hacerlo volver por la fuerza o con ruegos. Pero como no hallaron a nadie, comenzaron después a burlarse sin cesar de aquel hermano. Por aquel tiempo, Elisiardo, que entonces era un ilustre conde y ahora vive con el hábito monástico, oyendo la mala fama de estos monjes, pidió dicha abadía a Rodolfo, rey de los francos, y la obtuvo, y una vez obtenida la entregó a nuestro padre. Luego, tomando consigo a dos condes y otros tantos obispos, partieron junto con nuestro padre Odón. Al saber los hermanos su llegada, unos tomaron espadas y subieron a los tejados de los edificios, como para arrojar desde lo alto piedras y proyectiles contra sus enemigos. Otros, armados de escudos y ceñidas las espadas, vigilaban la entrada del monasterio, declarando que morirían antes que dejarlos entrar o recibir a un abad de otra orden. Entretanto, volviendo en sí, decían: «He aquí que vemos lo que hace poco nos amenazó el bienaventurado Benito. ¡Ay, qué dolor! ¿Por qué no creímos a nuestro hermano? Todo lo que nos dijo lo ha cumplido con los hechos. ¿No es este aquel Odón de Aquitania de quien muchas veces sospechamos que había hablado el bienaventurado Benito? ¡Ay! ¿Por qué no enviamos antes por él y lo invitamos por

nuestra propia voluntad?» Entretanto buscaban, revolviéndose de un lado a otro, de qué modo podrían rechazarlos. Había entre ellos un hermano llamado Vulfaldo, joven, pero de buena índole. Mientras este iba y venía entre ellos, le enviaron ciertos diplomas reales, en los que se disponía que a nadie de otra comunidad le fuera lícito jamás, en ningún tiempo, asumir el gobierno de aquel lugar. Nuestro padre le dijo: «He venido en paz, de modo que a nadie ofenderé ni haré daño, sino para corregir según la Regla a los que no están corregidos.» Con estas y semejantes palabras, aunque por medio de mensajeros, procuraba sin cesar amansar sus ánimos. Pero ellos, viendo que su industria de ningún modo prevalecía, se volvían a otros recursos: ora apelaban al rey, ora amenazaban con matarlo. Esto duró tres días. Después, el padre Odón, sin que nadie lo supiera, montó en un asnillo y comenzó a ir aprisa hacia dicho monasterio. Pero los obispos y los condes que estaban con ellos corrían tras él con los suyos, gritando: «¿Adónde vas, padre? ¿Buscas acaso la muerte? ¿No ves que están dispuestos a matarte? A la hora que te acerques a ellos, morirás sin remedio. ¿Quieres darles a ellos el gozo de tu muerte, y a nosotros un duelo mortal?» Estas y otras voces semejantes lanzaban tras él. Pero, como dice la Escritura: El justo, confiado como un león, estará sin temor (Prov 28,1); emprendido el camino, de ningún modo pudieron desviarlo. Voy a contar maravillas. Al acercarse él y ser reconocido por los que lo conocían de antes, los que entonces resistían se conmovieron al punto

y se transformaron, de modo que sin duda puedo decir: Este es el cambio de la diestra del Altísimo (Sal 77,11). En efecto, arrojando al instante las armas, salieron a su encuentro y se abrazaron a sus pies. Y no fue pequeña la alegría que aquel día hubo para todos. Así, pues, el claustro del monasterio recibió al padre Odón; todos los demás volvieron a lo suyo.

9

Por aquellos días comenzó además a persuadirlos de que dejaran de comer carne, vivieran con parquedad y no poseyeran nada propio, y de que renunciaran delante de todos, a la manera de los apóstoles, a lo mismo que tenían a escondidas. Pero como no habían poseído en común los bienes del monasterio, sino que se los habían repartido entre sí según su poder y antojo, al ver que ya no les era lícito lo que antes les había sido, prefirieron regalar inicuamente lo que injustamente poseían a sus valedores, o mejor dicho, a sus despilfarradores, antes que renunciar a ello con justicia y según la Regla. Porque, habiendo renunciado solo de palabra, se empeñaban en consumir comiendo aquello mismo a que habían renunciado, junto con lo demás que nuestro padre había traído consigo, para que, consumido todo, les concediera al menos carne, aunque fuera a su pesar. Por eso pedían sin cesar pescado. El piadoso padre, en cambio, les proporcionaba todo convenientemente, para apartarlos de aquella sola cosa. Y así sucedió que, dando él y comiendo ellos, se consumió casi todo. Nuestro padre se

mantenía firme, intrépido en la fe, seguro en la esperanza, fortalecido por la caridad, sabiendo que, según aquella promesa del Evangelio, de ningún modo sería abandonado: No andéis preocupados por lo que comeréis, o lo que beberéis, o con qué os vestiréis (Lc 12,22). Entretanto, mientras esto sucedía, san Benito se apareció en visión a cierto hermano y, entre otras cosas, le mandó decir a nuestro padre que no temiera en absoluto por la falta de dinero, ni se preocupara por conseguir provisiones, dijo; y después añadió: «Mañana enviaré cien sueldos, y la semana siguiente le proporcionaré tal abundancia de cosas diversas que puedan bastar por mucho tiempo a las necesidades de los hermanos»; y así se hizo.

10

Además, muchísimos de las regiones circundantes comenzaron a acudir a los pies del bienaventurado varón y a emprender, bajo su magisterio, el camino de la grata obediencia, para merecer después subir a las sedes del cielo. Tanto se difundió la fama de su santidad que no solo acudían a él laicos y canónigos, sino que incluso algunos obispos dejaban sus propias sedes y se unían a su comunidad. Entonces habrías visto aquel lugar, como una tierra limpia de espinas, producir nuevos retoños como nuevas mieses, y, como de la trilla de la era, llevar al granero del Señor el trigo batido por los repetidos golpes de las palabras y separado de la paja de los vicios.

11

En otra ocasión, al acercarse la fiesta del bienaventurado Benito, plugo a nuestro padre partir de cierto monasterio donde entonces estaba hacia dicho monasterio, para celebrar devotamente las vigilias nocturnas ante el cuerpo del bienaventurado varón; y así lo hizo. La noche que precedía al día solemne sucedió que se celebraron los laudes matutinos antes del alba. Y como uno de los hermanos, cansado de la vigilia nocturna, se hubiera entregado de nuevo al sueño, el bienaventurado Benito se dignó aparecérsele. Después de darse a conocer, añadió en seguida: «Anuncia a los hermanos —dijo— que esta noche no pude estar con ellos, pero hoy estaré sin falta.» «¿Y dónde estuviste, señor?», preguntó él. Y el bienaventurado Benito dijo: «En la isla de Britania.» Y él dijo: «¿Qué hiciste allí?» Y el santo respondió: «El hermano Leutfredo, que por su soberbia abandonó este lugar y cruzó los mares, murió esta noche y fue recibido por los demonios. Sostuve un combate contra ellos y lo libré de su poder.» Al oír esto, aquel hermano comenzó a admirarse atónito de lo sucedido. Y el santo padre le dijo de nuevo: «Si te admiras de este hecho, oye todavía. Sabe con certeza que, desde el día en que se construyó este monasterio, cuantos hermanos han muerto aquí han sido recibidos en el descanso eterno.» Luego añadió aquel hermano: «Ya que, señor, dijiste que hoy has de estar con nosotros, ¿quién nos hará saber la hora de tu llegada, para que salgamos a tu encuentro?» Y él dijo: «Nadie; pero yo mostraré a todos tal señal que nadie dudará de mi presencia.» Añadió el

hermano y dijo: «¿Y con qué aparato podremos recibir a tan gran padre, o con qué obsequios lo atenderemos?» El bienaventurado Benito le respondió: «Si os preocupan manjares más delicados, tenéis pescado en abundancia.» «De ningún modo, señor», dijo él. Y el santo dijo: «Mándese a los pescadores que no vayan a pescar al cauce del Loira, sino a esta laguna que se extiende junto al monasterio.» Oído esto, el hermano despertó del sueño y, cuando llegó el tiempo de hablar, procuró dar a conocer a los hermanos todo lo que se le había mandado. Seguros, pues, los hermanos de la venida del padre, e instruidos por la amonestación de nuestro padre Odón, cada uno se afanaba por ofrecer al padre espiritual dones espirituales de su propio corazón. Así sucedió que pasaron aquel día entre himnos espirituales y oraciones. Entretanto, los criados del monasterio encargados de la pesca no fueron a la laguna, como se les había mandado, sino al río Loira, del que se les había apartado. Así sucedió que, aunque fatigados, volvieron al monasterio hacia la hora tercia sin provecho alguno. Preguntados por qué habían vuelto con las manos vacías, confundidos por la presunción de su desobediencia, se avergonzaban de confesar lo que habían hecho. Pero el silencio que imponía la vergüenza, lo descubría el rubor del rostro. El ecónomo les dijo: «Conozco vuestra presunción. Pero, puesto que rehusasteis lo que primero se os mandó, volved ahora por segunda vez a la laguna a pescar.» Y así se hizo. Y en efecto, en esta pesca sacaron de pronto tantos peces que casi nadie dudaba que aquel que

en la región del desierto había dado codornices al pueblo hacía afluir también entonces peces a aquella laguna. Y en verdad abundan allí de tal manera que en ningún tiempo faltan en ella. Y así sucedió que la laguna, que antes solía bullir de ranas, desde entonces abundó en peces. Este milagro lo publicó con suma claridad nuestro mismo padre, junto con los demás, en el libro que escribió sobre la llegada del cuerpo de san Benito a la región de Orleans, con el mismo sentido, aunque no con las mismas palabras. Había acudido a aquella solemnidad, de las regiones circundantes, no poca muchedumbre de gente, entre la cual había muchísimos ciegos y cojos, o paralíticos, y aquejados de diversas dolencias, que esperaban la hora de la comida; y respecto de todos ellos mandó el padre Odón que de ningún modo se les diera de comer antes de la hora de la misa. Llegada la hora, entraron todos a la misa. Pues es tan grande la iglesia que nadie se vio obligado a quedarse fuera. Y en cuanto comenzaron a cantar el himno angélico, esto es, el Gloria in excelsis Deo, las puertas de la iglesia fueron de pronto sacudidas y abiertas con gran estruendo, de modo que todos miraron atrás, sobrecogidos de cierto pavor. Y en el mismo estruendo todos los enfermos que allí estaban recobraron su antigua salud: los ciegos la vista, los sordos el oído, los cojos el andar. También todas las lámparas de la iglesia se encendieron. Entonces entendieron todos que el bienaventurado Benito había llegado allí, como había predicho. Tanta devoción espiritual llenó los corazones de todos, que por el inmenso gozo

no podían contener las lágrimas. El padre Odón se negó a darme a conocer los nombres de los hermanos que vieron esto. Por eso es dudoso si fue él mismo u otro quien vio estas cosas.

12

Inminente ya el trance de su muerte, cuando por sus piadosas obras, como antes referimos, se le debía de parte de Cristo la corona de la bienaventurada recompensa, estando en Roma lo acometió una fiebre aguda y continua; los miembros se le quebrantaban de dolor, un fuego frío le consumía la misma médula junto con la carne, y diversas y múltiples clases de padecimientos se alzaban en un solo hombre, de tal modo que se daba por cierto que de un momento a otro sería llamado por el Señor y despojado de la vestidura del hombre terreno. ¿Qué había de hacer el santo varón? Como fiel imitador y vicario del Apóstol, deseaba ya ser desatado y anhelaba con todos sus votos vivir con Cristo. Porque había recorrido el combate de los santos trabajos y había completado la egregia carrera de toda virtud, de modo que con razón confiaba, con toda la certeza de la esperanza, que por la gracia de la bondad divina le estaba reservada en los cielos la corona de justicia. Además, mientras estaba en suspenso acerca de este llamamiento, deseó primero visitar para orar a su Martín, en quien, por así decir, había bebido con la misma leche materna el ardor de un amor inagotable, y entregarle su último aliento junto con las cenizas de su propio cuerpo. Y como la clemencia de Dios todopoderoso se dig-

na siempre asistir a los deseos piadosos, asistió pronto también a este nuestro Odón, a quien desde el seno materno había apartado para sí como otro vaso de elección. Pues a la noche siguiente el amado de Dios vio a un varón de aspecto y gracia admirables, que en la visión le decía: «Oh alma santa y amada de Dios, inminente está tu llamamiento y la última disolución de tu cuerpo; pero Martín te retiene con sus ruegos, y te da el regreso a la patria y las fuerzas para él; y cuando llegues allá, en seguida se te dará la vida en lugar de la muerte, y Cristo te recompensará tu piadoso trabajo con la bienaventurada compañía de los elegidos.» Pronto las señales dieron fe a la visión: la enfermedad del cuerpo cedió un tanto, la salud volvió con presteza, emprendió en seguida la dificultad del camino y, sin tener en cuenta sus miembros seniles y casi muertos, venció el duro trabajo por su ardor desmedido hacia Martín, tanto más devoto en su servicio espiritual cuanto más seguro del premio. Recorrido, pues, el camino de tan gran trabajo, llegó a Tours cuando ya era inminente la fiesta del bienaventurado pontífice, en que aquel espíritu vencedor partió del cuerpo. Hubo entonces doble regocijo en la ciudad, pues se renovaba la fiesta anual de Martín y todos a una abrazaban con veneración la presencia, largamente deseada, de su conciudadano Odón. Cuán devoto se mostró el santo varón en aquella santa festividad, qué plegarias mezcladas con lágrimas derramó ante Martín, qué sacrificios de corazón contrito inmoló también como hostia viva en aquel altar de salvación, no está en

nuestra facultad desarrollarlo, pues nos abruman la torpeza del entendimiento y la rusticidad del lenguaje. Pues, solícito de su llamamiento, tenía el ánimo fijo en Dios, y, olvidado ya de lo terreno, con la pura mirada de la mente, como verdadero siervo nacido en la casa de Martín, contemplaba con mayor atención solo lo celestial. Así queda en suspenso con tal expectación durante toda aquella fiesta del bienaventurado pontífice; pero (cosa que le sucedió contra su esperanza) gime angustiado porque durante tres días se le difieren los dones prometidos; cuando he aquí que al cuarto día después de la fiesta se enciende de nuevo la fiebre rediviva, pronto la sangre fría se le insinúa en el pecho y consume sus fuerzas con amarga herida. Entonces, cumplido ya su deseo y seguro de la misericordia de Dios, el espíritu, fatigado sin duda, desfallece en el cuerpo enfermo;

pero la mente gozosa contempla a Dios, suspira, anhela; / resuena su última voz: «Tú, Cristo, perdona a los redimidos.» / a Martín invoca una y otra vez, a Martín alza los ojos, y ora.

A los monjes que acuden de todas partes y lloran sin consuelo su llamamiento, los instruye con sus palabras, los encomienda a Dios con oraciones paternas, los protege con sus bendiciones y se despide de ellos con piadosos sollozos. Había llegado ya el día decimocuarto antes de diciembre, que se tiene también por octava de la fiesta de Martín, cuando aquel espíritu bienaventurado, confortado con aquella divina y saludable unción y vivificado con la bebida que da vida, desatado de la carne corruptible, emigra libre a los cielos

y, guiado por Martín, presenta fielmente el fruto multiplicado del talento que se le había confiado. De él recibe también el premio digno de su piadoso trabajo y, unido a los coros de los santos, resplandece con la blancura de la bienaventurada inmortalidad, por Cristo nuestro Señor, que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.